LIBRO DEL ESFORÇADO CAUALLERO

CONDE PARTINUPLES

QUE FUE EMPERADOR DE COSTANTINOPLA

En el nombre de Dios comença la hystoria del buen cauallero Partinuples, conde de Castillo de Bles, que fue emperador de Costantinopla.

I

Era vn emperador en el imperio de Costantinopla, el qual hauia nombre Julian, e no podia hauer hijos ni hijas; e acaecio que vino [a] el vna mora encantadora, que sabia muchos encantamientos, e dixo al emperador que le prometiesse de le no descobrir de hijo o hija que le Dios diesse en su muger, que ella haria en su manera en como ouiesse hijo o hija en la emperatriz. Esto plugo mucho al emperador, e prometiogelo. E dixole [la] encantadora al emperador que fuesse a las florestas de las tierras del rey Herman, que es frontera del imperio, e que ella (1) auria vna hija en vna donzella mora, e que, quando viniese, que auria en su muger la emperatriz hijo o hija; e mando el emperador embiar sus mensageros a la tierra del rey Herman, en como queria yr a holgar a su floresta, porque le auian dicho que era de mucha caça y hermosa, y el rey Herman, desque lo supo, como quiera que eran enemigos, plugole mucho con estas nueuas, porque entendio que por esta razon seria su amigo, e recibio muy bien a los sus mensageros, e hizoles muchas honrras, e mandoles dar la repuesta al emperador. Y embiole a dezir que le plazia mucho dello, e desque lo supo el emperador, ouo muy gran plazer dello, y el rey Clausa y el rey Corsol e sus vassallos que fuesen con el muchos caualleros de su imperio, e la dueña encantadora fuesse con el a la cibdad de Damasco, donde estaua el rey Herman, que es frontera del imperio; e desque el rey Herman supo la venida del emperador, adereçose lo mejor que pudo, e leuo consigo los mas nobles hombres de su señorio e fuesse a recebir al emperador; e anduuieron por la cibdad el y los que con el yuan; y el rey Herman hizoles dar todas las cosas que houieron menester. E otro dia por la mañana el emperador y el rey Herman fueronse a caçar, e la dueña encantadora quedo en la cibdad, e anduuo por ella mirando por la mas hermosa que le paresciesse para la tener aparejada a la venida del emperador. E vido estar vna donzella muy hermosa e bien apuesta a vna ventana, e saludola e la mora a ella; e rogole mucho que le pluguiesse de andar con ella e de la mostrar la costunbre de la tierra, e la mora le dixo que le plazia; e fueronse ambas a dos para el palacio do posaua el emperador, e anduuieron por el palacio mirando las noblezas que en el estauan; e departieron de muchas cosas hasta que anochechio.

E dexemos agora estar a la dueña encantadora e a la mora en el palacio del emperador, e tornemos al emperador e al rey Herman, como en la tarde vinieron de su caça, e las tablas fueron luego puestas y el emperador e los otros sus vassallos e caualleros e ricos honbres assentaronse a comer, y el rey Herman siruio muy bien al emperador e a todos sus caualleros de quanto ouieron menester. En esto, la dueña encantadora traya su mano con la donzella mora como holgase con el emperador, hasta que la donzella mora ge lo otorgo, e le prometio que le plazia de dormir con el emperador. Desque el emperador ouo cenado, las camas fueron aparejadas e fuesse a dormir la donzella con el emperador, e quedo preñada del emperador. Otro dia en la mañana el rey Herman vino a ver al emperador, e rogole mucho que le pluguiesse de holgar en su tierra algunos dias. Y el emperador dixo que no lo podia hazer por quanto auia de hazer algunas co-

(1) ¿Allí? El texto catalán (Figueras, 1844, pág. 4): «y haurá una filla».

sas en su tierra, y encomendole mucho a la dueña encantadora; y el rey dixo que le plazia de la hauer encomendada e de la hazer mucha honrra mientra en su tierra estouiese, e despues que la embiara en paz, e despidiose el emperador de la donzella mora e la encomendo a Dios, e fuesse para su tierra, e quedose la mora encantadora con la donzella mora muy secretamente. E a cabo de tiempo pario la donzella mora vna hija e pusieronle nombre de Vrracla, e fuesse la dueña encantadora al imperio, e leuo consigo a la niña Vrracla, hija del emperador.

Dexemos agora estar a la dueña encantadora con la niña Vrracla, de como ouo el emperador vna hija en la emperatriz, que ouo por nonbre Melior (1). Conplidos los tres años, era la mas limpia e la mas sabia de todas las mugeres del mundo, que quanto le ensenaua la dueña sabia, que mas sabia la niña quando cumplio los ocho años, que sabia hazer descender la nuue, e sabia andar encima quando ella queria; e cumplidos los diez años, hizo el emperador antes que finase cortes, e ayuntaronse los siete reyes de su imperio, e duques, e principes, e caualleros, e ricos honbres, e mando a todos que le besassen la mano a su hija Melior e que la ouiessen por emperatriz e por señora, y que le diessen marido, y dexo por tutores al rey Corsol e al rey Clausa, porque eran poderosos y los mas honrrados de los siete reyes, y estouieron assi vn año que no sabian que hazer despues que su señor el emperador era finado. E la emperatriz su señora sabia muchas artes, que ninguno no le podia hazer traycion que ella no lo supiesse. E alçaronse los dos reyes que no la querian obedecer, y pusose en vna nuue y fuesse para su tierra del vno, e hizoles perecer tantas gentes, caualleros y peones, que penso ser destruydo; y ella caualgo en vn palafren y fuesse para el rey; y el rey, quando la vido, fuesse luego para ella y demandole por merced que no fuesse destruydo ni su tierra robada, y juro de no ser contra ella ni contra su mandamiento y dexolo en paz, de guisa que no hizo al vno mas que al otro rey que se auian alçado. Y el rey Corsol y el rey Clausa, sus tutores, hazianse marauillados que auia seydo de la emperatriz su señora, y a cabo de vn mes remanecio en su ciudad del castillo de Cabeçadoyre, donde estaua el rey Corsol y el rey Clausa y la dueña sabia. E los reyes, quando supieron que era venida, fueronla a ver con muy grande plazer, y demandaronle que de donde bueno venia y donde auia estado aquellos dias. Y ella dezia que auia ydo a aquellos reyes que se le auian alçado, e contoles como auia hecho con ellos, y ellos ouieron muy gran plazer, pues que ella se auia auenturado a poner recaudo a su tierra, y los reyes se despedieron della e fueronse a poner recaudo en sus tierras, e dixeron, pues que ella era muger para guardar su tierra, que le aderesçassen su marido qual le perteneciesse, y en esto hizieron llamar cortes e ayuntaronse todos los otros cinco reyes, y los duques y condes e caualleros de su imperio. E seyendo ellos juntos, acordaron e dixeron que bien seria. Mas entre ellos ouo muy gran discordia sobre ello, y acordaron en esto: que el rey Clausa y el rey Corsol que llegassen a la emperatriz y le dixessen que viesse ella con quien queria casar, porque despues, si no fuesse tal como a ella pertenescia, que no culpasse a los del imperio, e para esto que ellos le daban dos años, e si en este tiempo ella no lo tomasse, que ellos ge lo darian. E dioles gracias por aquella honrra que le hazian.

II.—*Como la emperatriz enbio mensajeros por todas las partidas del mundo, que le buscassen el mas gentil donzel para se casar con el.*

Y ella mando luego escreuir cartas y enbiolas por todo el mundo; y embio cada carta con su mensajero, que mirassen el mas hermoso e de mejor cuerpo e de mejores costunbres que en el mundo ouiesse, e aunque no touiesse tanto como ella tenia; e que para vn tienpo cierto viniessen al castillo de Cabeçadoyre; e como fuessen venidos los mensajeros, dixo aquel que venia de Alemaña; e despues dixeron todos los otros mensajeros de los señores que les auian embiado; e contaron muchas noblezas de principes, e duques, e condes, e otros caualleros que por el mundo auian visto; e todos hablaron de las gentilezas que auian visto, e los mensajeros de Francia no quisieron hablar hasta la postre, y ellos dixeron: «De quanto estos, señora, vos dizen, todo esto es nada (1) a pos de lo que nosotros traemos, que hallamos en Francia vn sobrino del rey de Francia que

(1) La historia se narra de otro modo en el pliego de cordel que tenemos á la vista. El emperador (Juan) se enamora de la joven de Damasco y tiene de ella una niña (Leonisa), á quien reconoce por legítima sucesora y heredera del imperio. La infidelidad del emperador hace que su esposa le abandone y se retire al castillo de Cabezadoire. Allí, aconsejada por varios reyes y caballeros del imperio, la emperatriz busca otro esposo y envía emisarios con tal objeto, encontrando á Partinuples.

(1) El texto: «nado». El texto que seguimos está plagado de erratas é incorrecciones.

es donzel; e no es possible de contar tantas noblezas como en el ay; y es hidalgo, e viene de los godos, y el es varon que no ha .xv. años, y el cuerpo segun que de .xx. años, largo y hermoso, e franco, e caualgador, e gran fuerça sobre cuantos honbres ay en el mundo. Y en el no reyna pesar ni malenconia, sino plazer e alegria»; e mando muy bien dar de comer a los mensajeros, e preguntoles que hazia o donde estaua, y ellos dixeron: «Cierto, señora, no ha mas de vn castillo que ha por nonbre Bles». Y como lo ouo oydo, mando adereçar vna naue la mas hermosa e la mas grande que auia en su imperio, e partio del castillo de Cabeçadoyre, e repararonle de muchas noblezas e paramientos. Y ella guiose muy bien e hizo descender vna nuue, e subio en ella e diose andar, e leuo consigo la naue con encantamiento; e llego a las Sierras de Ardeña, e dexo la naue alli encancantada, e fuesse ella al castillo de Bles, que era del conde Partinuples, vispera de Santa Cruz, quando toda la villa reluze; e llego despues de comer, e fallo jugando al axedres al rey de Francia e al conde su sobrino, e descendio la nuue hasta abaxo, e miro al conde muy bien a su voluntad, e avn no le parescio bien lo que del le auian dicho, a tanto le parescio de bien, que ella auia muy gran amor. E con el saber que ella sabia, puso en el coraçon del rey su tio que fuessen al monte a caçar.

III. — *Como el rey y su sobrino el conde se fueron a caça; e como el conde se perdio tras vn puerco.*

E a la hora dixo el rey a su sobrino: «Fijo, si vos pluguiesse que fuessemos a monte a matar vn puerco»; y el le dixo que le plazia de muy buena voluntad. E luego el rey mando llamar a sus monteros grandes e pequeños, e alanos e sabuesos, e tomo el conde vna ropa que era lo de encima cuero y el enforro de esquiroles; y esto por los montes que no le rompiessen la ropa. Esto vsauan los grandes señores quando yuan a monte, e tomo en su pescueço vna bozina de marfil e su cinto, y en el escarcela lleuaua yesca y pedrenal y eslauon; e caualgo el rey e su sobrino el conde, e sus monteros, e fueronse al monte dos legas de las Sierras de Ardeña, e mataron vn puerco muy grande e muy hermoso, e la emperatriz a todos tiempos mirando encima dellos aquella monteria; quando ouieron muerto el puerco, pusieronlo encima de vn tapete e demandaron la vianda e començaron a merendar. E despues que ouieron comido, mando el rey caualgar muy apriessa, e la emperatriz, quando esto vido, ouo muy gran pesar, porque sus amores se querian yr, e descendio vna nuue ayuso adonde ellos estauan, e parescio que todo el canpo era lleno de niebla, e hizo parecer vn puerco por encantamiento. Y el conde, con la cobdicia, dio tras el puerco por las Sierras de Ardeña, con grande cobdicia de matar el puerco, y el rey de Francia em pos del dandole bozes, y diziendo que boluiesse, que no fuesse mas adelante em pos del puerco, que podria ser perdido en las sierras que eran muy altas, y auia en ellas muy malas animalias [de las] que seria comido; mas el conde, con la grande niebla que hazia, no sabia si yua o venia. Y esto hazia la emperatriz por leuarlo do ella queria, e ansi anduuo toda aquella noche perdido hasta la mañana. Agora tornemos al rey su tio, que hazia muy gran duelo por el conde Partinuples su sobrino, que todavia pensaua que las animalias lo auian comido.

IV. — *Como andando perdido el buen conde por la floresta, hallo orilla de la mar vna naue muy hermosa, y entro en ella e arribo a Cabeçadoyre.*

Dexemos agora el rey su tio, como hazia grande llanto e duelo por el, y tornemos al conde como andaua perdido trabajando; si no fuera por la emperatriz, que auia encantado todas las animalias, el conde fuera muerto dellas; mas el andando assi, subio encima de vna sierra por ver si veria algun poblado o si veria candela. Y el oyo vn ruydo de aygua, y penso que era rio y que estaria alli algun lugar de pueblo o alguna gente orilla del rio, y fuesse para alla. E assi andando, hallose a la coste de la mar, y hallo vna naue muy grande y muy hermosa, y no vido ende a nadie, y començo a dezir al de la naue y ninguno le respondio ni podia responderle, que aquella era la naue que la emperatriz auia traydo y dexado en encantado. Ella muy bien veya a el. E desque el conde vido que no le respondia nadi, començo de pensar que seria de la gente de aquella naue, y dixo, pues la conpuerta esta echada desde la naue hasta la tierra, que las gentes serian entradas al monte, que las animalias los auian comido; entonces subio por la puerta hasta la naue, y metio su cauallo dentro por la rienda; por tal guisa yua el cauallo que no se podia tener de los pies ni auia gana de se espantar, y el conde arrendo su cauallo e anduuo por la naue y no vido a nadi con quien hablasse. E desque esto vido el conde, subio la conpuerta por

que las animalias no lo comiessen, y assentose encima de vn assentamiento e dormiose, y despues que fue dormido, la emperatriz mando a los marineros que alçassen la vela muy quedo y guiasen la naue derecha al castillo de Cabeçadoyre. Y ella fue adereçar las cosas que eran necessarias para quando el conde llegasse. La emperatriz partida, sus marineros alçaron la vela muy queda, y el buen conde anduuo assi toda la noche y nunca nadie lo sintio. E quando fue otro dia por la mañana, dauale el sol en el rostro, y recordo muy despauorido. E començo a santiguarse y entristecio, porque no vido otra cosa sino cielo e agua, e no veya quien auia alçado la vela ni quien gouernaua la naue; buscando algunas personas, e no vido a ninguno, saluo a su cauallo, que roya las tablas con gran hambre. Y entonces començo de llorar e dixo: «¡Dios sea aquel que ponga cobro a ti y a tu amo!»; y demandaua a Dios que le hiziesse merced e que le mostrasse que cosa podia ser aquella, si yua encantado o si yua en poder de algunos pecados. Y el andando assi tres noches e tres dias, que no comio ni beuio el ni su cauallo, y el cauallo no hazia sino roer las tablas con la grande hambre, e boluiose de cara del, con cuyta que del auia, e sospiraba porque no tenia paja ni ceuada para su cauallo. E assi andando el conde, alço sus ojos arriba e dezia: «Señor, si yo estuuiesse en tierra, buscaria por donde yr a tierra de mi tio el rey de Francia; mas no veo tierra, saluo cielo e agua»; e hazia tan gran cuyta, que no siento hombre que del no se doliesse. A cabo de tercero dia comienço el dia muy hermoso, e vido vn castillo que blanqueaua como vna paloma, ca la emperatriz lo auia hecho de nueuo poco auia, porque alli queria tomar su marido en el castillo de Cabeçadoyre, porque estaua en vna ysla muy hermosa e podian venir de todas partes a el. E desque el conde vido el castillo que blanqueaua, hinco los ynojos e rogo a Dios que lo lleuase alla, que aquellos tres dias no auia visto cosa con que se conortasse; e quando fue el dia, a hora de tercia, la naue fue a tan derecha, que llego al puerto de Cabeçadoyre, e quando alli llego, la compuerta fue luego echada a tierra; y el tomo su cauallo e salio a tierra, e caualgo en el cauallo e no podia andar por quanto yua muerto de hanbre, que en aquellos tres dias no auia comido; y el abaxo las riendas con la cabeça, e començo de tirar pernadas parandose a comer, por cuanto el conde no podia hazer nada dandole con las espuelas. Entonces vido el conde que lo hazia con razon, e descendio del muy apriessa. E quando lo desenfreno, estando assi cerca de su cauallo, miro a vn cabo e a otro, e no vido a nadi, ni honbre ni muger ninguna, ni cauallo, ni asnos ni ganados, ni oyo cantar gallo ni tañer canpanas. E començo de santiguarse y estregarse los ojos, e haziendose marauillado en ver aquella ciudad tan hermosa, e dezia: «Santa Maria, valme si duermo o sueño, porque veo assi esta tierra sola sin ninguna cosa, porque quando el honbre duerme, sueña destas cosas tales; mas yo creo que no duermo, que mi cauallo cabe mi lo tengo». Miro de cara la ciudad, e vido vn palacio alto, en el qual vido estar vna chiminea, de la qual vido salir humo, e dixo assi: «Pues que humo sale, candela aura; que alguna persona estara ay que lo aura hecho».

V.—*Como entro el conde en el castillo de Cabeçadoyre, e como alli fue seruido de comer e beuer e de cama, sin ver persona del mundo.*

E dexo el cauallo pascer e fuesse para la ciudad. Y entro dentro por la puerta e no vido a nadi, y el conde llegose a escalentar e no vido a quien hablar, e desque se houo escalentado, allegose a la mesa que la emperatriz auia echo poner, que si ouiesse voluntad de comer que comiesse. E tomo vn pan, e oliolo, e santiguose, pensando que era cosa que auian hecho los pecados, pero veya cosa tan hermosa e no veya nadi con quien hablasse; e como olio el pan quiso comer del, mas no osaua, e alço los ojos arriba al alcaçar e vido salir humo de vna casa, e dixo: «A la mi fe, mas quiero yo yr al alcaçar, porque si morir ouiesse, mas quiero morir en alto que en baxo». Y el no veya a ninguna persona para que le preguntase de aquella tierra, mas veya las casas e las puertas del alcaçar, e entro dentro. E las puertas eran muy hermosas, e subio encima de la cerca del alcaçar por mirar el canpo e por ver si veria el su cauallo donde lo auia dexado, e començo de sospirar e dixo: «Pues perdido es el mi cauallo, Dios sea aquel que ponga cobro en el». E fuesse por el palacio adelante de vno en otro hasta que llego a vna sala muy hermosa, e hallo ende vn escaño que era muy grande, y este escaño era de plata, y era esmaltado de muy grandes fermosuras; y el no veya ninguno por alli con quien hablasse, e fuesse assentar en el escaño; e tenia vn trauesaño que era de oro muy grande e muy preciado, e vido buena candela y escalentose, que auia muy gran frio; e despues que estuuo caliente, miro por la sala e vido estar en ella vna mesa, y en ella vna silla que auia seydo del empe-

rador, que era de plata y sobredorada, con muchas piedras preciosas e aljofar, que relunbraua la sala tanto que cada vna de ellas entendia que valia vna villa. Y estando assi pensando de su cauallo, afincauale la hanbre, y dixo: «Por cierto, muera o viua, alli me yre assentar en aquella silla tan rica, y comere de aquel pan, que la hambre me aquexa; y caso que yo muera en aquella casa tan preciada, por bien empleada dare yo mi muerte». E començo de santiguarse, e leuantose muy esforçado, y fuesse para la mesa y assentose en la silla, e vido venir vn aguamanil y vn bacin de plata, y vnas touajas brosladas; el tenia vn pan en la mano, y tomo aguamanos e no vido quien ge la daua, y torno a tomar el pan, e començo a santiguarse e comer, con grande recelo tenia que aquella tierra era de pecados; por esto todos tienpos se santiguaua y no osaua comer, que muy gran miedo auia, e como aquel que auia tres dias que no auia comido; e a los primeros bocados vido venir vn plato de perdizes assadas, e marauillose mucho porque no vido quien ge lo traya, ni quien ge lo ouiesse cortado. E dixo: «Pues començado he a comer, ¡yo comere hasta que me farte!» Y estando comiendo, vido venir vna copa con vn castillo muy hermoso, y encima del castillo auia vna piedra preciosa que valia vna ciudad, e tomo la copa e beuio, e mientre el beuia, tiraronle la vianda delante, e desque lo vido, corrio con la mano izquierda a tomar las perdizes, pensando que no le auian de traer mas. E como aquel manjar le fue tirado, luego fue traydo otro plato de otra vianda, e no ouo comido diez bocados cuando fue seruido del vino, e assi hizieron todavia, hasta que ouo muy bien comido e seruido de muchos manjares. E desque el ya no comia, vido venir el aguamanil y el bacin de plata, e las touajas brosladas, e dieronle aguamanos; e acabado de comer acostose en la silla e dormiose vn poco, que muy gran trabajo auia passado, e desque recordo, leuantose de la silla e fuesse al fuego, e assentose en el escaño de plata que oystes dezir, e despues que fue escalentado, dixo: «Por buena fe yo me dormire aqui vn rato». Y estando assi dormiendo, soño que le venian por parte de las espaldas vna manada de pecados que lo querian lançar en el huego. Esto era con el gran miedo, e espantose e con gran priessa començose a santiguar, e puso mano a su espada para se defender, e miro por la sala a vna parte e a otra, e vio en cabo de la sala vna antorcha encendida, e dixo assi: «Por buena fe, yo vaya do aquella antorcha esta, e vere quien esta alli o quien la tiene». E desque llego al antorcha, el conde fuesse en pos della, e metiole el antorcha en vn palacio que no hauia otra cosa sino oro, plata y aljofar, e piedras preciosas, e los estrados eran de seda, los paramentos de oro, y estaua alli vna cama tan rica, que en el mundo no podia ser mas, y estaua en la cama vna colcha de oro e de seda, e auia en medio de la colcha vn escudo muy hermoso e muy grande, y era todo de oro y de aljofar e piedras preciosas; y en el cabo de la colcha auia muchas figuras de reyes e condes e caualleros, de plata e de oro e aljofar. Y estos eran a tan maños como vn braço de hombre. Y desque el conde vido aquellas noblezas a tan grandes, marauillose mucho de ver tan ricas cosas e no ver persona alguna con quien hablase, ni quien tenia el antorcha. E pensaua assi el conde, pues que Dios le auia dado buena cena, que assi le daua buena cama, y desnudose el balandran que traya de cuero, que era aforrado de esquiroles, que assi lo vsauan los caualleros quando yuan a monte, y tirose su bozina e su cinta, y su escalcela en que yua la yesca y el eslabon, y pusolo todo en el assentamiento cerca de la cama, y hechose en ella.

VI.—*Como la emperatriz conto a su hermana que auia traydo al conde y lo tenia en su cama.*

Estando assi hechado en la cama, la emperatriz estaua con su hermana Vrracla, contandole lo que le auie contecido con el conde Partinuples, como lo auia traido. E contandole las noblezas que en el auia, y como era tan hermoso y de buen cuerpo, y como estaua hechado en la cama y que le rogaua que otro dia en la mañana lleuasse paños de lino que le perteneciessen; y Vrracla dixo que le plazia, y rogole y pediole por merced que se lo mostrase. Y la emperatriz le respondio que no se lo podia mostrar al presente, que si se lo mostrasse que todo su encantamiento seria deshecho. Y ella caeria en gran vergüença, por quanto los reyes sus tutores y el imperio le auian dado de plazo dos años para que tomasse marido, y ella se auia auentajado de lo tomar antes de los tres meses; mas que desque fuessen complidos los dos años, que ella ge lo podia bien mostrar a su voluntad. Vrracla respondio: «Sed segura, señora, que muy largo tiempo se me han de hazer estos dos años hasta lo ver; con gran desseo he de biuir por tan grandes noblezas como del me hauedes contado. Empero, señora hermana, mostradme otro hombre que sea de su altura, por que yo pueda leuar los

paños de lino que vos me mandays, porque sean de aquella medida». Y ella respondio: «Madrugad antes que salga el sol, e yo vos lo dire, porque de aquella forma vos los dades los otros». Y ella dixo que le plazia.

VII.— *Como la emperatriz fue sin candela a hecharse en la cama en que estaua el conde.*

E fuese la emperatriz para el palacio a escuras, que no leuo antorchas ningunas. E quando entro por el palacio, començo a dar rezias pisadas. Y el conde, desque oyo los passos, estremeciose todo, e arredrose a la mano derecha. E la emperatriz començo a desnudarse y echose en la cama. E despues que fue hechada, por asegurar al donzel, ella saco el braço derecho e començose de santiguar, por que entendiese el donzel que era tierra de pecados, e començo a dezir: «Encomiendome a Dios e a santa Maria, e a todos los angeles e arcangeles de la corte del cielo». E metio su braço so la ropa. Y el donzel estuuose quedo, e no osaua resollar, magüer que las carnes le temblauan. Empero ouo a tanto esfuerço quando oyo mentar a Dios e a santa Maria e a los otros santos. Y estando assi, vino la emperatriz a hazerse vn poco adelante hacia donde estaua el doncel, e hizo que se desperezaua, e tendio la pierna e dio en el, e porque el no ouiesse miedo, dixo assi: «Santa Maria, dime que cosa es esta que aqui esta hechada en mi cama». Y ella, por dezir quien era, dijo: «Yo soy emperatriz, e tuue siempre siete reyes a mi mandar, e duques e condes; e nunca fue ninguno osado de entrar solamente de las puertas adentro de mi palacio, e agora dezid quien soys vos que aqui estais hechado». Y el respondio assi: «Señora, vuestra merced sea de me escuchar como soy yo aqui venido, pues vos me auedes contado el vuestro señorio». Y el le començo de contar segun que de primero le auia contecido; e despues que ge lo ouo contado, ella dixo assi: que ¿por que se auia hechado alli? Y el le dixo que por esso se auia acostado alli, mas que le perdonase hasta al dia, y que el se yria de muy bona voluntad, e que fuesse su merced de le hazer buscar vn cauallo que alli auia traydo. Y ella le dixo: «Assi como en esto lo teneys, leuantados de ay e idvos por donde venistes, si no dare gritos e bozes, porque en mal punto ay vos hechastes». Y el le dixo assi: «Señora, la noche es tan escura, e los palacios son tan grandes, que no sabria por do yr». Alli dixo ella: «Dad aca la mano, e yo vos leuantare». E respondio el donzel: «Estoy muy trabajado, e tan cansado, que de aqui no me puedo mouer». E dixo la emperatriz: «Si de aqui no vos leuantades, yo me leuantare e yre a llamar los mis caualleros, que vos maten ay». Y el dixo: «Señora, aued piedad de mi, que yo [no] muera por vos». E començo de llorar, y en que lo vido llorar, ouo muy grande cuyta del, mas no lo dixo nada. Y el donzel, desque vido que no hablaua nada, bien penso que dormia, e llegosse a ella poco a poco. Esto hazia el por ver que cosa era; no embargante que le hauia oydo aquellas palabras sanctas, todavia se pensaua que era alguna tierra de pecados, e puso muy queda la mano encima de sus pechos de la emperatriz, y ella quitosela de rezio e no le dixo nada. E desque vido el donzel que no dezia nada, y ella desuiosele sus manos de los pechos por ver si tornase otra vez a poner sus manos en esse mismo lugar, y el donzel a poco de rato penso que seria dormida, e tornole a poner la mano como la primera vez, e touogela queda con sus manos. E desque el donzel vido aquello, llegose junto con ella, e ella no dezia nada. E puso el en su coraçon de la catar, por ver si era honbre o muger, o si era pecado; e saco los braços fuera de la cama e pusole la mano encima de la cabeça, e començo de catar los cabellos, en su entendimiento que tan luengos podian ser. Y ella le dixo: «¿Que hazedes?» Pero bien entendia ella por que le hazia. E catole assi mismo la frente y los ojos, e la nariz, e la boca, e la garganta, e los pechos, y los braços e las manos, e contole los dedos, porque se cuydaua que era mano fendida. Despues tentole el cuerpo, e catole el vientre, e los muslos, e las piernas, e las espaldas, e los pies, e los dedos, e conte por ver si era pata fendida, porque en aquellos tienpos auia vnas animalias, mugeres, de la cinta ayuso como leones, e auian los pies como lebreles, e por esso le auia catado. E assi pensando si era algunas de aquellas, desque la ouo muy bien catado en su palpamiento, entendio assi que de las hermosas cosas del mundo era, y ella dixo assi: «Agora vos auedes a mi bien catado. Sabed por cierto que yo soy emperatriz, e señora de siete reyes; e si vos queredes ser señor de mi e dellos, e si vos guardaredes lo que vos mandare, lo qual es esto, que vos no curedes, ni fagades, ni busquedes por do me descubrades mi cuerpo por me lo ver hasta que passen dos años». Y ella le conto todo su hecho como los reyes tutores e todo el imperio le auian dado de plazo aquellos dos años para que tomasse marido, «qual yo quisiesse e a mi cumpliesse. E que si en este tienpo de los dos años y de no lo tomasse, que ellos me lo darian passados los dos años»; e que le rogaua que no la descubriesse el ni

otro por el, si no que supiesse cierto que ella lo haria matar muy deshonradamente; e prometiole que assi lo haria de grado.

VIII. — *Como la emperatriz y el conde perdieron sus virginidades, e como ella le hablo.*

Como esto fue hablado, començaron a burlar en tal manera, que ambos a dos ouieron de perder las virginidades. E desque aquello fue passado, ella le dixo assi: «Agora, donzel, vos no pensedes que porque auedes hecho comigo a vuestra voluntad que me tenedes a todo vuestro mandar; por todo ello no me doy nada yo, que el señorio es en mi poder, despues de Dios. Ca piensan los hombres que despues que aquesto han hecho, que tienen las mugeres a todo su mandar. E si no guardades aquesto que vos he dicho que no me descubrades, sed seguro que yo vos mandare matar de mala guisa assi como dicho tengo. Ca yo no he miedo ni temor a ningun hombre del mundo, sino es a Dios mi señor, que esta en el cielo». E la señora le dixo que bien se podia alabar que tenia vna enamorada que auia nombre Melior, mas que se guardasse de le descubrir el cuerpo sobre todas las cosas del mundo, que le haria gran plazer e merced en ello, e que entendia que le haria mucho bien. Y en toda la noche nunca la señora emperatriz cesso de le encomendar todo esto que dicho es, avnque retoçauan e burlauan, que no le descubriesse su cuerpo por el ni por otro alguno, e que de quantas cosas el quisiesse o ouiesse menester, que ge lo dixesse quando en la cama estouiesse, e si queria cauallos que ge lo hiziesse saber, que todo le seria presto, e que su cauallo que alli auia traydo que su hermana Vrracla lo tenia bien pensado, e que esta su hermana lo desseaua mucho ver, mas que no lo podia ver hasta acabados los dos años; e despues que esto fue passado, fue hora de leuantar, e leuantose ella primero y fuese para su hermana Vrracla antes que el sol saliese, e hallola en la cama, e dixole assi: «Hermana, leuantaduos dende e yd a mi palacio, e tomad aquellos paños que son de donzel e traeldos aca, e leuad otros limpios, jubon, balandran de seda, capirotes, calças de escarlato»; y ella hizolo assi, e fuelo poner en el palacio en la asentamiento a par de la cama; e Vrracla miro por ver si lo veria, e ouo muy gran pesar en que no lo pudo ver, ca de muy gran grado lo quisiera auer visto; e boluiose para el palacio a do era la emperatriz, e començole a dezir como hauia hauido muy gran enojo en que no lo pudo ver.

IX. — *Como el conde estuuo en el castillo de Cabeçadoyre bien vn año bien seruido, sin ver a persona del mundo.*

Tornemos al conde, que estaua en la cama con muy grande alegria. E quando fue hora de tercia, assentose en la cama e cato por su ropa e no vido ninguna della, e hallo en su lugar vn otra mucho mejor e mas nueua, e vestiosela, e despues que se ouo vestido hallo en el estrado el paño y el peyne e agua, e peynose e lauose, e salio por aquel lugar por donde hauia entrado em pos de la chaça, e salio hasta la sala e vido muy buena brasa de candela, e assentose par della, que estaua vn estrado muy rico, y escalentose en ella; e despues que se ouo muy bien escalentado, leuantose e fuesse hazia el campo por veer si hallaria su cauallo, e no lo pudo hallar, que otro lo tenia muy bien guardado; e andandose por el canpo mirando las huertas e las noblezas que en el campo habia. Y el andando sin ninguna pauor, ca bien seguro era que la emperatriz lo auia assegurado e contado el hecho todo; despues que fue hora de comer, fuesse para el alcaçar e assentose en la sala, e hallo la sala compuesta mejor que el la auia dexado, e hallo la mesa puesta, e assentose en la silla segun que de antes lo hauia hecho. E luego en esse punto, vido venir el aguamanil y el bacin, e sus touajas e sus manjares, todo muy ricamente aparejado. Y el fue a tan bien seruido de manjares, de frutas e de todas las otras cosas que auia menester, que no podia ser mas en todo el mundo. E despues que ouo comido, tomo aguamanos, los manteles fueron luego alçados e fuesse por el alcaçar; y quando fue hora de cenar, hallo las mesas puestas, e desque ouo cenado e fue alçada la mesa, luego fueron las hachas venidas e començaron de andar, y el em pos dellas, mas no veya quien las leuaua, andando tanto hasta que llegaron al palacio do estaua la cama de la emperatriz. E luego las hachas estouieron quedas; y el se assento en vn estrado muy rico que estaua puesto cerca de la cama, e començaronlo a descalçar, e despues que fue descalçado, desnudo los paños que tenia vestidos e hechose en la cama. E despues que fue acostado, fueronse las hachas de alli, e quedo hechado sin ningun temor. E estando asi, oyo passos que venian por el palacio hasta la cama, que bien sintio el donzel que era su señora la emperatriz, la qual mucho amaua. E desque ella fue cerca de la cama, desnudose los paños, e acostosse en la cama, e despues el donzel la sintio que estaua acos-

tada, allegosse cerca della, e tomola en sus braços con muy gran plazer. E assi estouieron abraçados holgando con el mayor gozo del mundo. E quando fue cerca de hora de maytines, dixo la emperatriz al donzel: «Agora vos me direys qual es vuestro nonbre». Y el respondio: «A mi llaman Partinuples». Y ella dixo: «Partinuples amigo, sobre todas las cossas del mundo, vos ruego esto: que mi cuerpo no sea descubierto, porque entre mi e vos no aya ningun pesar, que todas las cossas yo vos perdonare e no esta». Y el dijo: «Cierto, señora, ante morire e nunca lo hare». E la emperatriz le dixo: «Si vos quereys yr a caça de monte o rribera, de açores e de falcones, dezidmelo e no dubdeis de dezirmelo, que presto vos sera, e ruego vos que de mañana vades a monte, e yd a la puerta de alcaçar, e ay allareys vn muy gentil cauallo rucio rodado, e vn sabueso; e no cureys, sino andad em pos del sabueso, quel vos lleuara adonde ayades gran plazer, e de cosa que oyeredes ni veades, no vos receledes, e yo sere cerca de vos magüer que no me veades». E despues que fue el alua, busco toda la cama e no hallo a la emperatriz, e alli vido el donzel que era cerca el dia, e leuantose e hallo tales paños que pertenecian para caça e a monte, e fuesse a la puerta del alcaçar e hallo el cauallo a la puerta y el sabueso e la lanza, segun la enperatriz le auia dicho; e caualgo en su cauallo e tomo su lança en la mano y el sabueso por la traylla, e anduuo em pos del sabueso E lleuolo a vna floresta la mas hermosa que en el mundo oyo dezir. E el oyo lo que vn montero dezia en su bozina, e dio de las espuelas al cauallo e fuese para alla, e vido tantos lebreles e sabuesos e alanos e otros canes muy preciados, con sus collares broslados de diuersas maneras; e vio vn puerco passar, el mas grande que nunca hauia hallado cauallero; e començo de seguir tras el, e tanto lo siguio hasta que lo alcanço e mato; e despues que el lo houo muerto, todos los canes fueron llegados, e vidolo cargar en vna azemila con gran bozeria e con mucha alegria. Pero no los podia ver, e despues estaua mucho marauillado; ouiera grandissimo espanto si no fuera porque le auia dicho la emperatriz, por el ruydo grande que oyeron de cauallos e por no poder verlos. Desque vido que mouian con el puerco, començo de yr em pos del. E oyo tañer vna bozina a los monteros que auia segun que primeramente lo hauia oydo en el monte, de la mas hermosa que en el mundo podia ser. E despues que ouo llegado, metiose por el alcaçar adelante hasta que llego donde hauia caualgado, e desque alli llego, vido como le tirauan las espuelas. Y entonces descaualgo de su cauallo e puso la lança donde la auia tomado. E començo de andar hasta que llego a vn palacio e a vna sala donde solia comer. E vio ay vn estrado muy rico con ricos paramentos e la mesa puesta, e la muy rica silla en que se solia assentar. E desque era hora de comer, el assentose en la silla, e luego tomo aguamanos segun que de antes le solian traer. E luego fueron traydos a tantos de los manjares tan bien guisados, que era marauilla. E desque ouo comido, tomo aguamanos e los manteles fueron alçados. Y el se leuanto e fuesse para la cama donde solia dormir; e assentose en el estrado, e oyo tantos cantares e muchos instrumentos. E assi estando muy gran pieça deleytandose en aquellos cantares muy preciados; e a cabo de rato, desnudose de sus ropas para se acostar en la cama de la emperatriz, segun que de antes solia. Y estando asi acostado, oyo los passos de la emperatriz, como de primeros solia venir. E como ella se ouo acostada, tomola en sus braços e ouieron muy grande plazer, contando de sus monterias, e de como la emperatriz yua cerca del. E como yuan dos reyes sus tutores en la monteria que hazia el. Y el puerco que mato bien pensauan las gentes que ella lo hazia, ca ellos tampoco no veyan a el. E rogole quando quisiesse yr a rribera de açores que ge lo hiziesse saber, que ella ge lo aparejaria. E assi estouieron holgando muy gran pieça. Por ende todavia le rogaua que su cuerpo no fuesse descubierto hasta que los dos años fuessen complidos.

X. — *Como la emperatriz dixo al conde en como Francia estaua en grandes peligros, por tres reyes moros que auian entrado en ella.*

E assi estouieron vn año complido en sus plazeres. En este tiempo fue conquistada Francia de vn rey que auia por nombre rey Sornaguer, y leuaua consigo dos reyes que eran a su mandar, que auian por nombre Cansion y el otro Ansion. E tanto conquistaron la tierra del rey de Francia, que fue cercado Paris. Y esto bien sabia la emperatriz, mas no lo queria dezir a Partinuples, por que no ouiesse pesar ni enojo, y ella no quisiera que fuera ayudar al tio por no partirlo de cabo si, que lo queria y amaua mucho en su coraçon. Empero, estando el donzel en vna torre muy alta mirando a los campos e a la mar, e viniosele mientes del rey de Francia e de su madre y de su tio, e sospiro muy de rezio, e despues en la noche

estando con la emperatriz en la cama otra vez. Y ella dixo assi: «Partinuples, señor, ¿por que sospirays assi? ¿Fallescevos alguna cosa de lo que haueys menester?» «Cierto, dixo el, no. Mas, si no vos pesasse, dezirvos lo ya». E respondio la emperatriz: «Seguro sed que no me pesara; dezid quanto vos quisieredes». «Cierto, señora, con el grande desseo que tengo de Francia, de mi madre, e de mi tio, me vino este tan grande sospiro». Alli dixo la emperatriz: «No vos pongo culpa, que la sangre vos requiere e vos llama. Que sepays por cierto que el reyno de Francia es conquistado del rey Sornaguer e de otros dos reyes que con el estan; e han por nombre Cansion e Ausion (1); e vuestro tio esta cercado en la ciudad de Paris; por que vos ruego que lo vayades ayudar, e cuydad de ser buen cauallero, porque yo aya aca vuestras buenas nueuas, e yo vos dare vna espada que leuedes con vos por amor de mi, porque, quantas vezes la tomaredes en la mano, que se vos acuerde mi; e darvos he diez mil camellos cargados de oro e de plata, e aljofar e piedras preciosas. Idvos para vuestro tio. E yd por diez mil lanças a España, que son mucho amigos de los franceses, e yo vos dare vn hombre que vaya con vos que es viejo y cano, que vos guie los camellos cargados, que leuauan mas peso que cincuenta mil azemilas. E de todo quanto el vos dixere, hazed que no fallezca nada; e quando fuere de mañana, ydvos a la puerta del alcaçar assi como al alua, hallareys al viejo con sus camellos cargados. E por donde el vos guiare, no hagades sino yr, que el vos leuara derecho al castillo de Bles; y quando ende llegaredes, embiadme luego el hombre e no lo hagades ende comer». Y el conde Partinuples començo en aquella hora a tomar mucho plazer, porque auia de yr ayudar a su tio el rey de Francia e a ver a su madre; e la emperatriz le dixo que se membrasse todavia de lo que le auia rogado, que su cuerpo no fuesse descubierto por el ni por otro en ninguna manera, hasta ser conplidos los dos años; e assi se despidieron de en vno; e rogole que no tardasse de tornar alla. Y el prometiogelo y encomendola a Dios.

XI.—*Como la emperatriz embio al conde en Francia en ayuda del rey su tio.*

Luego quando vino la media noche, leuantose la emperatriz a poner recado de lo que auia de leuar Partinuples. Quando fue el alua, leuantose e hallo al viejo que guardaua los camellos, e fueronse por su camino; e quando comia e beuia e andaua no podia ver al viejo, sino la fabla, ca el era tocado lleno de vello. Assi andouieron sus jornadas fasta que llegaron al castillo de Bles, y en todo el camino no hazia el viejo sino rogarle que guardase lo que auia prometido a su señora la emperatriz, que no descubriesse su cuerpo. El conde ge lo prometio, e quando llego al castillo de Bles, descargaron sus camellos muy callando, que no lo sintio nadie, e despidiose el viejo del conde y encomendole a Dios, y encomendole mucho el conde que le encomendase en la merced de su señora la emperatriz, y el viejo dixo que le plazia de buen grado; e fuesse el viejo.

XII.—*Como el conde llego al castillo de Bles, donde estaua su madre, e de como fue recebido.*

E assi el conde fuesse al castilo de Bles, e llamo a las puertas do estaua su madre, e la madre desque lo oyo, leuantose muy ayna e fuelo abraçar e besar con mucho amor del desseo que tenia, como aquella que pensaua que era muerto y que las animalias lo auian comido en las Sierras de Ardeña, e despertaron las gentes a meter el auer en el castillo, e despues que fue metido, hechose a dormir hasta otro dia. E fueronlo a ver toda la gente del castillo con muy grande alegria, como a su señor natural. E como (1) consejo con ellos en que manera que ellos pareciesse embiara a España por diez mil lanças que eran menester. Dixeron que tomase la meytad del auer que traya, e que lo pusiesse en vna naue, e que lo leuase a dos puertos de España: el vno Caliz, y el otro a la Coruña; e hizolo assi. E quando el algo fue llegado a los puertos de España, fueron dados pregones que quantos quisiessen ganar sueldo para que fuessen a Bles, todos quantos quisieron yr a los puertos, a todos dieron sueldo e fueronse para el castillo de Bles, y eran fasta diez mil lanças. E todos estos honbres mancebos e hijos dalgo, e para dar cuenta e razon de si en todos cabos. E desque estos vinieron al conde e vieron que era buen cauallero, ouieron muy gran plazer e se les alegraron los coraçones, e todos ellos hizieron pleyto e omenage de morir con el conde. E hizolos aposentar muy bien, dellos en la villa dentro, dellos en el castillo e dellos en las huertas Y estouieron ay fasta que ordenaron sus capitanes e sus trompetas, e sus pendones caudales.

(1) Antes: «Ansion».

(1) ¿Tomó?

XIII. — *Como el conde e su gente fueron a Paris, en donde estaua cercado el rey de Francia, e como fueron bien recebidos.*

Partieron dende vn dia despues de comer, e fueron a la ciudad de Paris, e quando llegaron alli, començaron a tocar las trompetas, e alçaron los pendones. E quando el rey esto oyo, ouo muy gran pesar, pensando que era el rey Sornaguer. E mando repicar las campanas e dar bozes: «Señor, salid a las cercas e las puertas sean cerradas». Desque esto oyo el conde, entendio que el rey su tio auia pauor; embiole vn mensajero como supiesse cierto que era su sobrino el conde Partinuples, que traya diez mil lanças para le ayudar; e quando oyo el rey dezir esto, dixo: «No veria este plazer, ca bien creo yo que mi sobrino Partinuples que es muerto, que ha bien vn año e mas que se perdio en las Sierras de Ardeña»; e alli dixo el mensajero: «Vease su cuerpo con el vuestro, e hazed abrir las puertas». E alli dixo el rey: «Plazeme de buena voluntad». Y el mensajero tornose con la respuesta segun que el rey hauia hablado, e luego el conde caualgo muy apriessa e abriole la puerta de la ciudad, e las hachas fueron encendidas. Y el rey, desque lo vido, fuelo abraçar e conosciolo muy bien. E fuele a besar la mano, e demandole por merced que mandasse aposentar aquella gente. E el rey e los caualleros ouieron muy grande alegria con aquel socorro que les era venido. E los hizo todos muy bien aposentar e proueerles de todo lo que hauian menester. Y el conde con el rey su tio fueronse para el palacio e hallaron muy bien guisado de comer; e cenaron e holgaron con mucha alegria; e assi estouieron toda la noche contando de lo que al conde le hauia contescido.

XIV. — *Como el conde afrento las gentes del rey Sornaguer, e les quito la caualgada que lleuauan.*

Otro dia por la mañana oyeron las campanas repicar, y el conde salio muy apriessa de la cama dando bozes que le diessen sus armas, y el rey su tio assi diziendo que no saliesse fuera, por miedo que no fuesse el rey Sornaguer. Y el conde dixo al rey que por Dios le dexasse yr presto ver si era aquel el rey Sornaguer. Y estouieron vn gran pieça porfiando. Y estouieron los adalides diziendo que lleuauan quatro mil vacas los caualleros del rey Sornaguer. Y el conde, quando esto oyo, aparto tres mil lanças e dixoles assi: «Que queria yr a quitarles las vacas que lleuauan». E hizieronlo assi, e como yuan em pos dellos no los podian ver; que las poluaredas eran tantas e tan escuras, que avn los caualleros no podian ver vnos a otros, que todavia se yuan llegando el conde y esforçando los suyos que marauilla era, e dixo a los caualleros que todos hiziessen como el, e dieron de las espuelas a los cauallos e fueron a herir de rezio, en tal manera que de diez mil que eran los moros, mataron e cautiuaron ocho mil dellos, e no fincaron sino dos mil, e tirauanles la caualgada, e escaparon aquellos dos mil a vña de cauallo que no pudieron poner resistencia con ellos, y estos moros fueron huyendo hasta que entraron por el real de su señor. E desta batalla que aqui fue hecha ouieron que contar los moros al rey, e dixeronle assi: «Que muchas batallas se auian visto e con muchos caualleros se auiar dado de la lança, e nunca auian hallado quien de mas les hiziessen como aquestos caualleros, y entre estos andaua vno por la batalla que no parescia sino leon».

XV. — *Como el conde torno a Paris, e fue rescebido del rey su tio con mucha alegria, e como presento al rey cinquenta caualleros moros catiuos.*

Tornemos al rey de Francia, de como oyo estas nueuas ouo muy grande plazer por su sobrino era muy moço e nunca se auia visto en la batalla, e hauer mostrado de si tan buena hazienda, e quando el conde llego a Paris, saliole a rescebir el rey de Francia con muy gran alegria, e fueronse el vno para el otro; y el conde beso al rey la mano y el rey a el en la boca; dixole assi: «Que la bendicion de Dios ouiesse, que sera sobre todas las gentes». E luego el conde presento al rey su tio cinquenta caualleros moros todos de espuelas doradas. Y el rey de Francia agradesciogelo mucho a Dios primeramente e al conde su sobrino. Y estos fueron sin otros escuderos e honbres de cauallo. Assi que fueron tomados azemilas e cauallos e armas, e peones que alli truxeron, e luego el rey entrose con su sobrino en la ciudad muy alegremente, e hizolos apossentar muy bien, e dioles a comer muy largamente de muchas maneras de viandas a toda su voluntad, como aquellos que hauian muy bien trabajado; e hizo catar los heridos, y despues fueron para el palacio, y el rey y el conde, e començaron de folgar; e desque ouieron folgado e contado su fazienda, empeçaronse a dormir, e desque

ouieron dormido, rogo el rey al conde que no partiesse dende sin ge lo fazer saber, por quanto era muy mañero el rey Sornaguer; y el conde le dixo que le plazia de muy buen grado. Y el conde dixo al rey: «Señor, acostadvos e holgad, que quiero yr a ver aquellos caualleros, que dellos vienen mal heridos, e quiero yr a ponerles cobro». Y el rey le dixo que fuesse en buena hora e que no tardasse alla, que se viniese luego acostar, que venia muy trabajado. Y el conde respondio que le plazia. Y el conde fuesse para los caualleros que hauian quedado a fuera de los heridos, que serian hasta siete mil caualleros. E mandoles que se adereçassen luego, que se hauian de partir de alli secretamente, porque el rey su tio no lo supiesse; e partieron dende al primer sueño; e tuuo alli sus adalides que lo lleuassen hasta el real del rey Sornaguer; y este rey estaua seguro en su real, pensando que los franceses estarian trabajados, diziendo que no harian fazienda ninguna en hecho de armas en esse dia ni en otro. Y el rey estando seguro en su real, dio el conde encima del con siete mil lanças, en tal manera que el que a la postre llegaua, por ruyn se tenia; e la pelea fue de tal manera, que desbarataron al rey e mataron e hirieron tantos moros que marauilla era. E quando el rey Sornaguer e los otros dos reyes fueron adereçados, ya estaua vna legua del real, que se venian para Paris. E quando acordaron los dos reyes para venir tras del, ya estaua el conde en saluo, que no hazia sino andar. A hora de maytines llego a la ciudad de Paris, e quando los de la ciudad sintieron que venia gente, mandaron repicar las campanas e dar grandes bozes, diziendo: «¡A las armas!» Y el rey, desque esto oyo, leuantose muy despauorido por el roydo que oya, e llamando a sus pajes que le vestiessen e los otros que le truxessen sus armas e cauallo, e mando que le sacassen hachas encendidas, e fuese para las puertas de la ciudad, e pregunto por el conde su sobrino a grandes bozes, e los caualleros de la ciudad le dixeron: «Señor, creemos a nuestro pensar que es vuestro sobrino el conde, pues que aqui no paresce e trae tal roydo». E desque esto oyo el rey, salio de las puertas de la ciudad afuera, e vido a su sobrino que venia con su caualgada, e traya muchos cauallos e azemilas, e tiendas e armas, e muchos prisioneros. Y entonces llegose a su sobrino e abraçole, diziendo: «Guardete Dios de mal e de traycion». E fueronse ambos a dos mano a mano para el palacio, e hizole dar muy bien de almorzar e a la compaña, que bien auian trabajado toda aquella noche.

XVI.—*Como el rey Sornaguer embio al rey de Francia, combidandole a batalla señalada.*

Tornemos al rey Sornaguer, que estaua muy sañudo de tales dos deshonrras como auia rescebido. E avn en mas tenia el desbarato que le auia venido; y embio a saber quien era aquel cauallero que tan esforçado anduuo por nuestro Real. E los adalides le dixeron: «Señor, este cauallero no es el rey de Francia, sino vn su sobrino, hijo de su hermana, que en las sierras de Ardeña fue perdido quantia de vn año. Agora vino con diez mil lanças; y es hombre denodado y de buen cuerpo, e de buena fuerça»; y desque esto oyo el rey Sornaguer, mando escreuir cartas para el rey de Francia, y embio vn mensajero con ellas para su sobrino, e que le emplazaua para la batalla a vn dia señalado, con condicion que si el rey de Francia vencia al rey Sornaguer, que el e los otros dos reyes le diessen parias cada vn año, e si el desbaratasse al rey de Francia, que el e su sobrino fuessen sus vassallos e diessen parias segun el las hauia de dar; e para que estouiesse mas seguro, que diessen sus rehenes para lo assi complir, porque no se saliesse ninguno de la postura que dicha era. E fuese en la manera que el quisiesse, a cauallo o a pie, o vno por vno, o diez a diez, o siete mil por siete mil, o veynte mil por veynte mil caualleros. E luego los mensajeros fueron al rey de Francia con la mensajeria, e dieron sus cartas al rey e al conde su sobrino.

XVII.—*Como el conde Partinuples pidio al rey su tio la batalla se hiziesse vno por vno, y el rey ge lo otorgo, magüer no de buena gana.*

E luego el conde fue a besar la mano al rey su tio, pidiendole por merced que fuesse aquel vno por vno. Y el rey, desque aquello oyo, ouo gran pesar por tomar su sobrino aquella empresa; y el rey no ge lo quiso otorgar, por quanto era moço de poca edad, e no era vsado a las armas. Y el rey Sornaguer era muy mañero, y era honbre de treynta años e todos tiempos vsando las armas, y era honbre de gran fuerça. E muy denodado, que todavia auia prouado bien. Alli dixo el conde: «Mas vale a quien Dios ayuda que no a quien mucho madruga». Alli se dexo el conde caer a los pies del rey su tio, e començole de besar los pies e las manos, pidiendole por merced

que aquella batalla que la queria el fazer de sus manos. E rogaua muy mucho a los caualleros e ricos honbres que ellos rogasen al rey su tio que le pluguiesse de le hazer aquella merced, e que si no queria, que el se yria a perder, que nunca mas curaria del. Y el rey de Francia respondio a su sobrino e a los caualleros en esta manera: «Pues que su voluntad era de lo assi hazer, que el tenia diez mil caualleros hijos dalgo, e muy buenos honbres de gran esfuerço; que se pusiessen de la otra parte otros diez mil caualleros moros, e que assi se haria la batalla mucho bien, plaziendo a Dios, e que leuaria lo mejor». Estonces respondio el conde, e dixo: «Cierto es, señor, si merced me aueys de fazer, yo por mi cuerpo la batalla he de tomar». E rogaua a los caualleros y escuderos que rogasen al rey que le hiziessen aquella merced. Y el rey diziendo todavia que no podia ser. E a todo esto lloraua el rey por la grande cuyta que auia del, que era moço e niño e no era vsado a las armas; y el rey de Francia dezia en su coraçon que si desbaratado fuesse, que el rey Sornaguer tomaria el reyno en su poder. E los caualleros de España dixeron: «Señor, hazelde esta merced al conde, que es muy buen guerrero, e tiene buena fuerça e buen denuedo, sobre todo bien ligero; e Dios queriendo, el leuara lo mejor». E todavia lloraua el rey de Francia, demandando a Dios por merced que pusiesse en coraçon a su sobrino que no fuesse, porque se veria en gran priessa, e todavia le rogauan los caualleros al rey que le diesse aquella licencia. E luego el rey dixo que le plazia de buena voluntad; e luego el conde le fue a besar las manos con muy grande alegria, que le parescio que todo el mundo era suyo; e luego escriuieron sus cartas y embiaronlas con los mensajeros del rey Sornaguer que las leuassen a su señor, e lo que dezia en ellas era esto: Que cada vno dellos jurassen su ley, que lo que entre ellos fuesse puesto que no passe otra cosa, e que mandasse hazer vn canpo muy hermoso. Y el rey Sornaguer [viniesse con] diez mil moros desarmados que no leuassen armas ningunas, chicas ni grandes, para que guardasen el campo. E de aquella guisa viniesse el conde con otros diez mil franceses desarmados, que no truxessen armas chicas ni grandes, e que leuassen ambos a dos quantas armas pudiessen leuar ellos e los cauallos, e assi embiaron los mensajeros. E desque el rey moro vido las cartas, plugole mucho de coraçon. Por quanto hauia grande desseo de se ver vno por vno [con] el conde. Por quanto oyo las nueuas que era buen cauallero esfuerçado en armas.

XVIII.—*Como en el dia señalado vinieron al campo el conde Partinuples y el rey Sornaguer; y ellos bien amonestados y esforçados de los suyos, començaron a darse de grandissimos golpes, e quedo vencedor el conde.*

Los franceses adreçaron al conde lo mejor que ellos pudieron. Assi hizieron los moros al rey Sornaguer. En guarda del conde yua el rey de Francia con mil franceses, y en guarda del rey moro yua el conde Mares, que era su mayordomo mayor. E llegaron los franceses y los moros al campo con los caualleros. Y el rey de Francia metio a su sobrino en el campo, y el conde beso la mano al rey. Y el rey diole su bendicion y encomendolo a Dios, e desta guisa hizieron los moros al rey. Y el rey entro en el campo, e luego se fueron el vno para el otro e besaronse en las bocas, y el moro se encomendo a Ala e a Mahoma su señor. Y el conde a Aquel que lo hizo. E luego arredraronse afuera el vno del otro. E dexaronse venir assi como enemigos mortales, las lanças en los ristros e las hachas en las cintas. E luego hecharon mano a las lanças, e fueronse a dar tan grandes golpes, quanto la fuerça de los cauallos los pudo lleuar; e de tal guisa se dieron los golpes, que hizieron volar por pieças las lanças. Luego hecharon mano a las hachas, e tan grandes golpes se dieron, hasta que saltaron los yelmos de las cabeças e no se hizieron ninguna cosa. E veyendose assi, hecharon mano a las espadas. E dieronse tan grandes golpes, que hazian saltar las centellas de los yelmos; y el rey Sornaguer era hombre muy mañero, que dio vn golpe con el espada al cauallo del conde por el cogote, que dio con el muerto en tierra, que ouiera de caer sobre el conde; e el conde era muy ligero, que saco los pies de los estriuos e salto al traues, e parosse de cara del rey, su espada sacada en la mano e su escudo ante los pechos. Y el rey de Francia e los franceses, desque lo vieron apeado al buen conde, començaron de llorar, e hazian muy gran llanto. E hazianlo muy de quedo, por que el conde no lo oyesse, porque no desmayasse. E los moros ouieron muy gran plazer porque el conde estaua a pie y el rey a cauallo, que hazian cuenta que era vencido. Y el conde assi estando, dezia al rey que viniesse. E ¿por que alli estaua parado o que auia alli venido y entrado en el campo? E respondio el rey Sornaguer e dixo que estaua esperando que lleuasse al rey de Francia las parias, «porque vos, conde, no murays. Que yo tengo grande cuyta de vos». E respondio el conde: «Hazed lo que haueys de complir, que yo no so aqui venido para

ser nouio, sino para vencer o morir. Que no tengo ferida ninguna en mi cuerpo que sea peligrosa. Que mas desonrra me seria hazer esto que me demandades; mas guisad vuestro cauallo e hazed de manera que no vaya el dia em balde; no estemos en razones». Y el rey Sornaguer dixo al conde: «Yo cuyta he de vos que, si yo quisiesse, tropellarvos ya con mi cauallo, que bien lo podia fazer». Alli dixo el conde: «Hasta aqui no vos he miedo ninguno». E desque aquello oyo el rey Sornaguer que lo tenia en poco, dio despuelas al cauallo por tropellar al conde. Y el conde era muy ligero, e dio vn salto al traues e alço el braço quanto pudo, e dio con el espada vn golpe por abaxo de los ojos al cauallo, que le fendio la cabeça hasta las muelas, de tal guisa que cayo del cauallo el rey, de tal manera que pensaron que lo auia muerto, e luego el rey se leuanto. Y el conde començolo de herir tan rezio, que parescia vn herrero, y el rey Sornaguer era tan fuerte e tan rezio, que muy bien podia soportar aquellos golpes e avn mas que fueran, y el sabia muy bien luchar, e fue abraçar al conde pensando de lo derribar. E anduuieron assi abraçados vna grande pieça de tienpo. Y los franceses auian muy gran duelo porque assi los veyan andar a dos apeados, e con esto rogauan los franceses a Dios por el conde que lo victoriase contra su enemigo. Otro tanto dezian los moros por el rey su señor, e anduuieron assi los caualleros luchando. E desque el vno ni el otro no se podian leuar, dixo el rey Sornaguer al conde: «Descansemos vn poco, si vos plaze, e despues tornaremos a nuestra hazienda». Y el conde lo tomo por bien e apartaronse el vno del otro. Y el rey se fue assentar encima de su cauallo que estaua muerto, y el conde no se quiso assentar, mas puso la punta de su espada en tierra, e sus pechos encima de la manzana, y estouieronse assi vna gran pieça de tiempo hasta que fue medio dia; e dixo el conde al rey: «Leuantadvos dende, que ya tiempo es que tornemos a nuestra batalla començada, que no se nos vaya todo el tiempo en balde, que muy enojados estan los caualleros que guardan el campo». Alli dixo el rey: «Plazeme de voluntad». E leuantosse en pie. E assi se hablan como hermanos carnales, e assi pelean como enemigos mortales, e cobrense de los escudos, e fueronse dar tan grandes golpes con las espadas, que las centellas de los yelmos hazian saltar. Y el conde dio al rey vn tan gran golpe encima del yelmo, que se le quebro la espada encima de la cruz, que no le quedo ninguna cosa en la mano saluo la mançana, y desque el rey vido que la espada del conde era quebrantada, començole de herir muy de rezio, y el conde boluia la cabeça, e los franceses pensauan que queria fuyr. E començaron de llorar pensando que ya el buen conde se daua por vencido. E los moros auian muy grande alegria, por quanto el conde se retraya, pensando ya que el rey Sornaguer auia de quedar vencedor; e assi retrayendose el conde, vido en el cauallo del rey Sornaguer, que estaua muerto, en la silla atada vna visarma que era muy fuerte e bien templada, que para el rey auia traydo, e fuesse el conde para el cauallo del rey Sornaguer, e saco la visarma con muy grande coraje que auia, e fue a herir al rey por encima de la targia, que tan grande golpe fue, que le passo las armas todas e llego la punta a la carne, en manera que no podia ferir el rey al conde. E porfiaua mucho el rey por llegar al conde, e la punta de la visarma le hazia estar quedo. Y el rey estando assi herido, no podia el conde sacar la visarma; e no hazia el rey sino herir en el conde, e de tal guisa lo aquexaua, hasta que el conde se ouo de apartar. E despues se boluio el conde muy de rezio al rey, e diole vna tan gran coz en el escudo, e asio mano de la visarma fasta que la ouo de sacar, e tan rezio como la saco, tan rezio le fue a dar por medio del yelmo, que quebro la visarma, que no hera para dar golpe, sino para estocada. E quando esto vido el rey que el conde no tenia armas, e que el conde estaua tan cansado quel quisiera holgar si el rey le diera vagar. Y el conde Partinuples, desque vido quebrada la visarma, vinosele mientes de la espada que le auia dado su enamorada Melior, la emperatriz, y trayala atada en el arzon de la silla del cauallo, que estaua muerto en el canpo suyo. E fuesse para el e cobro la espada, e cobro tan grande esfuerço que por marauilla era, e parecia que no auia hecho ninguna cosa en pensar que ge la auia dado su señora Melior; e fuesse para el rey e començolo de herir a tan de rezio, que marauilla era. Alli dixo el Rey: «¡Valasme Mahoma! ¡paresceme que este cauallero agora comiença el campo!» Y el rey estaua tanto cansado, que no podia alçar el braço, e hinco los ynojos delante del conde e diose por su vassallo. E desque esto vido el traydor del conde Mares, que guardaua el canpo sobre su fe e juramento que el auia hecho al rey su señor que alli no fuesse armado ninguno de su parte, e hizo el conde Mares yr a todos quantos alla fueron armados, e desnudaron todas las ropas e pusieron mano a las espadas que ellos trayan secretamente, y entraronse en el canpo con vn alarido muy grande, y echaron

mano al conde e leuaronlo consigo, pensando que el rey Sornaguer su señor era muerto; e desque esto vieron los buenos de los franceses, entraron ellos en el canpo y hecharon mano al rey moro, e dieron a fuyr con el a la ciudad de Paris; y el rey moro, de que esto vido, començo de dar muy grandes bozes e a llamar: «¡traydores, ha, traydores! ¡que el traydor del conde Mares falsado me ha!» E andando con este pesar con los moros que yuan con el, que siete caualleros de los mejores todos despuelas doradas; e desque vieron los moros que yuan assi los christianos, dieron entre ellos, e desque el rey de Francia aquello vido que assi se hazia, no hazia sino andar, y entraron llorando por la ciudad, y el rey moro entrellos, que no lo conocieron jamas mientra con ellos fue.

XIX.—*Como el conde Mares lleuo al conde Partinuples preso por traycion.*

Boluamos al conde Mares que lleuaua preso al buen conde Partinuples, que anduuieron hasta que llegaron al real de los moros, dos reyes vassallos del rey Sornaguer, los quales auian quedado en guarda del real por su mandado con toda la caualleria; e desque los reyes vieron venir al conde Mares y no venia su señor, preguntaronle por el rey; y el conde les conto el hecho de la verdad como les auia acontescido, y como traya preso al conde de Bles, y desque lo ouieron prendido, nunca vieron al rey ni sabian del. Y desque esto vieron los reyes, ouieron muy grande pesar por lo que el conde auia hecho en traer a su enemigo y dexar a su señor cautiuo. Y los reyes entre ambos ha dos metieron mano a las espadas y fueron herir al conde de tal manera hasta que lo mataron, y luego tomaron al conde Partinuples; tomaronlo en su poder, e hizieronle mucha honra, assi como el auia menester. Pero por guardarle mejor y estar mas seguro que no se les fuesse, metianlo en vn silo de noche, y de dia sacauanlo, y dezian e hazianle mayor honrra que ellos podian; y esto hazian ellos porque si el rey su señor fuesse viuo que darian por el el conde Partinuples, e si fuese muerto el rey Sornaguer, que darian al conde porque los dexasse yr seguros a sus tierras el rey de Francia.

XX.—*Como los franceses hazian grande llanto por el conde, e como los dos reyes moros hizieron matar al conde Mares por la traycion que hiziera.*

Tornemos al rey de Francia su tio, e a los caualleros, que hazian el mayor llanto del mundo por el bueno del conde, pensando que era muerto; y el rey su tio estaua metido en vn palacio encerrado, haziendo el mayor llanto que podia hazer. Estando assi ayrado, no auia cauallero que se osasse parar delante del para le dezir cosa alguna, e assi estuuo toda aquella noche. E otro dia por la mañana, todos los caualleros fueron ante las puertas del palacio del rey, y el rey Sornaguer con ellos, mas no porque lo conosciessen, que assi estaua entre ellos como si fuera otro cauallero; y mando el rey de Francia abrir las puertas del palacio. E todos los caualleros entraron dentro, y el rey Sornaguer con ellos; y desque los caualleros fueron dentro, el rey de Francia les començo a dezir como el rey Sornaguer era muy desleal y falso traydor y que le auia falsado la fe e la verdad, y el juramento que auia hecho; y desque esto oyo el rey Sornaguer, llego ante el rey y començo a dezir: «Nunca Dios lo quiera que yo sea traydor; y por esto vine yo a vuestro poder. Mas porque yo fie mi campo al conde Mares, que era de pequeño suelo, me tengo por agrauiado. E maldito sea el rey que canpo fia de villano, sino que sea hombre hidalgo, porque su verdad no sea falsada». Entonces dixo el rey Sornaguer al rey de Francia: «Señor, mandad escreuir cartas y embialdas a los dos reyes que estan en mi real; e si el conde fuere viuo, por mi lo daran, e si fuere muerto hazed de mi lo que vuestra merced mandare, que en vuestro poder estoy». Desque esto oyo el rey de Francia, pregunto a sus caualleros si auia alli alguno que lo conosciesse, y todos le dixeron que no. Entonces hablo vn cauallero español, e dixo: «Señor, hazed sacar los caualleros que el conde mi señor vos presento a parte, que ellos vos diran si es el rey su señor». E luego mando el rey de Francia sacar aquellos caualleros moros que estauan en otro palacio enterrados, e entraron por el palacio del rey de Francia, e desque fueron dentro e vieron al rey Sornaguer, su señor, hincaron los ynojos ante el rey e fueronle a besar las manos e los pies; e desque esto vido el rey de Francia, fuele a tomar por la mano e assentolo a par de si; hizo cuenta que tenia a su sobrino, e luego fueron escritas cartas para los dos reyes e para el conde Mares, que luego vistas aquellas cartas, en aquel punto tomassen el buen conde de Bles e le truxessen los dos reyes lo mas honrradamente que ellos pudiessen. E mientra que las cartas se escriuian, ouolo de saber la cibdad de Paris como alli estaua el rey Sornaguer, e que lo tenia el rey de Francia en su poder. Franceses y españoles grandes alegrias hazen, e luego fueron embiadas las cartas con los mensaje-

ros muy apriessa. E mientra los mensajeros yuan con las cartas, el rey de Francia y el rey Sornaguer, e los otros ricos honbres y hijos dalgo, auian tan gran plazer, que por marauilla era. Oyendo contar al rey Sornaguer de como le auia acontescido con el buen conde Partinuples, en como se razonauan como hermanos carnales, e de como peleauan como enemigos mortales. E estando ellos assi en este plazer, llegaron los dos mensajeros a los dos reyes que estauan en el real, e desque vieron las cartas e supieron quel rey su señor era viuo, ouieron muy grande alegria, que no podriades pensar, que se pensauan que los franceses [lo] auian muerto. E ouieron singular plazer los mensajeros porque auia muerto el conde Mares, por quanto el rey su señor le hauia dado que guardase el campo e ellos ambos a dos lo auian muerto, e pensaron los reyes que los embiauan a llamar para dellos por traydores, diziendo que era traycion; ambos los reyes embiaron cartas en aquesta manera al rey su señor, que supiesse de cierto quel conde Mares era muerto, e que ellos lo auian muerto por oyr la traycion que auian hecho, e por esso viesse su señoria lo que mandaua; e luego los mensajeros se partieron con las cartas, e fueron todas al rey de Francia y el y el rey Sornaguer abrieronlas; e luego vieron lo que dizia en ellas, e desque las ouieron leydo, hizieron grandes alegrias que por marauilla era, porque era [viuo] el conde su sobrino; y el rey Sornaguer dio gracias a Ala porque saldria de catiuo. Entonces el rey de Francia y el rey Sornaguer e los caualleros ordenaron en esta manera: que pregonassen assi que ninguno no fuesse osado de hazer mal ni daño a los moros, so pena que les cortassen las cabeças, e escriuieron sus cartas y enbiaronlas con los mensajeros a los dos reyes, que viniessen saluos e seguros, e que truxessen al buen conde lo mas honrradamente que ser pudiesse; e que pregonassen por el real que ninguno fuesse osado de hazer mal, ni daño, ni guerra por el real, so pena que lo matassen por ello. E desque las cartas fueron llegadas al real de los reyes, dieronlas a los dos reyes, e abrieronlas e vieron lo que dezia en ellas, e plugoles mucho por ello, e ouieron asaz plazer por las buenas nueuas que oyeron en las cartas; e luego se fueron para el conde e dixeron aquellas nueuas, e luego mandaron adereçar algunos caualleros que fuessen con los dos reyes, e tomaron luego al bueno del conde lo mas honrradamente que ellos pudieron, e partieronse luego para la ciudad de Paris a donde el rey de Francia estaua y el rey Sornaguer e los caualleros; e desque supo el rey de Francia y el rey Sornaguer que venian los dos reyes e trayan el conde, salieronlos a recebir con toda la caualleria e con la mayor alegria que en el mundo podia ser, e desque llegaron los vnos a los otros, el buen conde fue a besar las manos al rey su tio, y el rey a el en la boca, llorando de sus ojos con muy gran alegria que con el tenia. Y el rey Sornaguer fuesse para el conde e abraçolo, diziendo assi: «¡O del buen cauallero, rezio y esforçado, que bien puedo dezir que fui preso del mejor cauallero del mundo!» Y entraronse assi por la ciudad de Paris, e hazian muy grandes alegrias que por marauilla era, que mucho les auia seydo bueno; e fueronse para el palacio del rey de Francia, e alli otorgaron las parias al rey de Francia los tres reyes moros, e dieronse por sus vassallos, e le dieron rehenes, y desta manera fue hecha la paz.

XXI.—*Como los dos reyes moros por derecho libraron que no los pudiessen llamar traydores por la muerte del conde Mares.*

Boluamos a los dos reyes que auian muerto al conde Mares sin licencia del rey su señor, e dixeron ante el rey de Francia e ante el rey Sornaguer su señor, que si ellos merescian ser dados por traydores por la muerte del conde Mares, que ellos querian ver en que manera los perdonaua el rey Sornaguer e los daua por libres, e que querian ser librados por su derecho, por que no leuassen aquel cargo. E luego el rey de Francia mando venir delante del quantos sabios hauia en su corte, e hizoles contar toda la entera razon como auia contescido. E los sabios acordaron en esta manera: que el conde Mares merescia aquella muerte e otras mas penas, por falsar la fe e juramento que el rey su señor auia dado en dexar a su señor lleuar a su enemigo. E luego el rey de Francia y el rey Sornaguer dieronlos por libres e por buenos, e para pagar las parias dieron en rehenes villas e castillos. E assi fue tornada su tierra al rey de Francia. Los tres reyes fueronse para sus tierras en paz.

XXII.—*Como su madre del conde Partinuples llego a Paris, e como fue muy bien rescebida.*

Tornemos a su madre del conde Partinuples, que desque supo que su fijo auia librado a Francia de tan gran tribulacion, fuesse para Paris. E desque el rey su hermano y el

conde su hijo supieron que venia, salieronla a rescebir con muy grande honrra. Y ellos estando assi holgando, dixo la señora madre del conde al rey, que bueno seria que le diesse muger al conde, que ella sabia vna donzella en Francia, fija dalgo, que era sobrina del Papa. E que aquella seria buena, e que oluidaria a la fada. Que muy pertenesciente era aquel cauallero para aquel reyno, e que si no fiziesse, que tomaria amor con la hada, de tal guisa que nunca mas lo viessen. Y el respondio que buena seria assi. E que le plazia de muy buen grado, e que plazia mucho al Papa. E la donzella fue muy contenta del, e luego escriuieron sus cartas y embiaronlas al Padre Santo. Y el Papa, desque lo supo, plugole mucho dello, e luego el señor Padre Santo escriuio sus cartas y embiolas al rey, e luego mando llamar vn cardenal, e desque fue venido, mandole que se adereçasse muy bien, porque le auia de embiar con su sobrina para que la leuasse de rienda, y el Papa le mando quatro castillos e diez cuentos en casamiento. Esto daua el por las buenas nueuas que siempre oya dezir del conde, e cuydaua que le plazia dello al conde; e quando la donzella y el cardenal llegaron cerca de la ciudad de Paris, embiaron vn cauallero al rey que le dixesse como venia; e luego el rey e sus caualleros salieron a recebirle muy honrradamente con muchos juglares de diuersas maneras. E leuaronla al alcaçar e estouieron ocho dias con el conde, diziendole del casamiento con la sobrina del Santo Padre, e todavia el conde desuiandolo, que nunca Dios quisiesse que el hiziesse tal cosa, que el [en] ninguna manera dexaria a Melior por quantos tesoros ouiesse en el mundo, e desque esto vido la señora madre suya, que su hijo era perdido, que la hada lo tenia encantado, e para esto ordenaron de le dar veleño en el vino. Una noche, estando cenando, assi lo hizieron como lo pensaron. E despues que fue enueleñado, truxeron a la donzella delante del muy puesta. Y el hizo quanto ellos mandaron, no digo con ella que era muger de alto linaje, mas que fuera otra qualquiera. E dexaronlos aquella noche en vno. Y ella no hazia al conde sino abraçar e besar. Y el conde no hazia sino dormir. E quando fue la mañana que se le quito el veleño, e demando a grandes bozes que le diessen su cauallo, que se queria yr a Melior. E la donzella hecho mano del, diziendo que no le dexaria, que su marido era, que no de la hada. E tenialo tan rezio que no lo queria dexar. E desque el conde esto vido, rodeo la mano derecha e diole vna bofetada que la boca le baño en sangre.

XXIII.—*Como el conde salio ayrado del palacio e fue para el puerto, donde le estauan guardando los marineros de la emperatriz.*

Salio el conde por la puerta del palacio muy ayrado, e caualgo en su cauallo e fuesse para el puerto, que mas hauia de ocho dias que lo estauan esperando. Y entro en el batel; fue para la galea e fueronse para el castillo de Cabeçadoyre, magüer que los marineros no veyan a el ni el a ellos. E llego al castillo. E dexo el cauallo arrendado, y entrose por el alcaçar adelante hasta la sala, como lo auia acostunbrado. E desque entro en la sala, vido la mesa puesta y el estrado donde se solia assentar. E luego se fue a posar en la silla, que estaua a par de la mesa. E luego le truxeron aguamanos, e fue tanbien seruido de muchas viandas e manjares e frutas de muchas maneras; e desque ouo comido, tomo aguamanos, e los manteles fueron luego alçados, e leuantose de la mesa e fuesse para la camara donde solia dormir, e desnudose sus ropas y hechose en la cama con muy gran plazer, y estando assi hechado, oyo por los palacios los passos de la emperatriz, e desque la sintio hechada, començola de tomar entre sus braços con grande alegria y desseo que della auia, besandola e abraçandola, e contole todo su negocio en la manera que hauia passado en la batalla; e la emperatriz dio muchas gracias a Dios porque le auia dado vitoria. E despues que le ouo contado toda la manera, el conde tomo las manos a su señora e besogelas, pidiendole por merced que su señoria le quisiesse perdonar. E dixo la emperatriz: «¿Como assi?» «Sabed, dixo el, que vos he errado, mas no por mi grado, que en la corte del rey de Francia mi tio me desposaron con vna donzella, sobrina del Santo Padre; y esto fue hecho de tal guisa que no supe donde estaua, ni donde no». E la emperatriz le dixo: «Yo vos perdono, assi Dios me salve; pero creed que si fuera lo que hasta aqui vos he defendido e vos defiendo, que no sea descubierto por vos ni por otra persona mi cuerpo, que todo esso es a mi nada guardando lo que vos he pedido»; y desta guisa estuuo la emperatriz con el conde bien dos meses holgando, e hauiendo singulares plazeres en este tienpo.

XXIV.—*Como el conde pidio licencia a la emperatriz para tornar a Francia, por causa de los españoles, que se auia oluidado de despedirse dellos.*

A cabo destos dos meses, acordose de los españoles que en Francia auia dexado, e

pidio por merced a la señora emperatriz que le diesse licencia, que su voluntad era de yr a Francia a ver su tio el rey de Francia e su madre, que con la priessa del desposorio no ge lo hauia acordado de despedirse de los españoles, e que agora queria yr a saber dellos. Y ella le dixo que, como el quisiesse, que asi fuesse, e que ella era contenta de todo, e que auia grande plazer en ello; e luego le hizo adereçar vna galea e vestido de muy ricos paños y embiolo en paz, todavia pidiendole por merced que guardasse aquello que le auia encomendado. Y el prometiogelo assi. E quando fueron los maytines, dixo la emperatriz al conde: «Quedad en paz, que yo a poner recaudo de aquello que hauedes de lleuar»; y encomendaronse a Dios. E desque amanescio, leuantose el conde e hallo sus paños ricos de oro e de seda, e vestiose muy bien y fuesse para el puerto, e hallo la naue muy hermosa, e presto entro en ella e fuesse su viaje hasta el castillo de Bles. Estando su madre a la varanda, vido venir la naue e conoscio que alli venia su hijo, e quando ella lo vido, ouo muy gran plazer; y el conde estouo assi holgando con su madre tres dias, e preguntauale ella ¿que hazia con aquella hada? Y el conde le pidio por merced a su señora madre que no le dixesse hada, que ella no lo era, mas que era de las mas nobles dueñas del mundo, e que si Dios le dexasse conplir los dos años, que ella veria si era hada o otra cosa. La madre dixo: «Mi pensar es e lo creo, pues vos no la podeys ver ni gente ninguna. Sabed, hijo mio, que es hada o pecado». Alli dixo el conde: «Cierto, señora, si todavia me dezis mal de cosa que amo mas que a mi, nunca mas me veredes en los dias que yo fuere viuo»; e la madre le dixo que la perdonasse si le auia hecho enojo alguno, que nunca mas ge lo diria. E tomo licencia de su madre el conde e fue a su tio el rey de Francia.

XXV. — *Como el conde fue para Paris a ver su tio, e de la cuenta que le dio de los españoles.*

E luego otro dia se partieron para el rey de Francia, e desque supo que venia su hermana y el conde Partinuples, saliolos a recebir con mucha alegria, e fue a besar el conde la mano al rey y el rey a el en la boca, diziendole: «¡Dios te guarde de mal y de traycion!» Y assi se fueron para la ciudad, y estuuieron alli algunos dias holgando e tomando mucho plazer, e supolo Elenisa su esposa del conde, como estaua alli su esposo el conde Partinuples, y embiolo a dezir al señor Sancto Padre, que supiesse su sanctidad de como era venido el conde su esposo de las tierras de la hada. E desque fueron escriptas sus cartas, embiolas con dos mensajeros sus vassallos de la señora Elenisa, que fuessen con la respuesta lo mas ayna que ser pudiesse.

Tornemos al rey de Francia e al conde su sobrino, de como demandaua cuenta el conde al rey si hauia contentado a los españoles; y el rey le dixo quel algo que alli auia traydo que por todo lo auia repartido, e que ouieron gran pesar porque no se auian despedido del.

XXVI. — *Como el Santo Padre embio a vn obispo para que le hiziesse aborrescer a la emperatriz y se quedasse con su esposa su sobrina.*

Tornemos al Sancto Padre; desque supo que a Paris era venido el conde Partinuples, esposo de su sobrina, no sabia en el mundo que se hazer. Y estando assi pensoso vn dia, llego ante el vn obispo e dixole: «Señor, ¿que auedes o por que estays assi? Pido por merced a vuestra sanctidad que me contedes este negocio, que podra ser por la gracia de Dios que porne en ello cobro». Y el Papa ge lo conto todo como auia acontescido. Y el obispo dixo assi: «Señor, si vuestra sanctidad me haze merced de vn arçobispado, yo hare ver la hada al conde, que la aborresca». Y el Papa ge lo prometio, e avn mas si le demandara. Luego el obispo se partio para la ciudad de Paris, e llego al rey e fue bien recebido del rey e aposentado bien a su voluntad. Y estando ay algunos dias holgando, ouo de partir el rey e su hermana a otras tierras, e veyendo esto el obispo que se queria partir el rey, aparto el obispo al rey e a su hermana e dixo: «Señores, este jouen anda perdido. Hazelde confesar comigo por saber toda su intencion. E yo trabajare por tornarlo al reyno de Francia». E plugo mucho a ellos lo que dezia, e fueronse para el conde e dixeronle esta razon: «Que pues christiano era, que se confessasse e comulgasse, que haria gran seruicio a Dios e que le ayudaria en todos sus menesteres. El conde les respondio que le plazia. Despues que todo esto ouo passado, dixo la madre: «Con este obispo vos confessad, que es hombre de buena vida, e trae las vezes del Sancto Padre». El conde dixo que mucho en hora buena; e luego el conde se fue a confessar con el bueno del obispo; e tanto hizo el obispo en la confession, hasta que ouo de saber su secreto del conde, y el obispo le dixo assi: «Hijo, magüer que haze muestra de muger, e no es sino

pecado, que los pecados andan entre los hombres e no los veen». E con estas palabras conuertio el obispo el conde de tal manera, hasta que ouo de hazer quanto le mando; e dixo el obispo al conde: «Yo vos dare vna lanterna que es encantada, que nunca se puede apagar hasta que la quiebren, e leualda con vos quando entraredes por el palacio, o en la sala donde comierdes. E ponelda entre las piernas que no vos la vea nadie. E quando vos hechardes en la cama e las hachas fueren ydas, ponelda secretamente a la cabecera de la cama. E quando viniere la emperatriz, jugad e burlad con ella hasta que canse. E despues que entadades (1) que esta adormida, sacad la lanterna muy quedo e quitad la ropa encima de los pechos, e verla hedes, e si fuere peccado no la podrades ver, e quitaredes dubda de vuestro coraçon». Y el conde le dixo que le plazia de muy buena voluntad. E otro dia de mañana caualgo en su cauallo e fuesse su camino con coraçon turbado, e fuesse para el puerto donde estaua la naue que lo hauia traydo, y entro dentro e fuese su viage hasta el castillo do era la emperatriz. Y el conde llegando al puerto, su coraçon todo arrebatado pensando que la señora ge lo hauia barruntado, que muy sabia era en todas las cosas, e luego se fue derecho para el alcaçar donde solia comer, e assentose a la mesa segun que de antes aueys oydo, e luego tomo aguamanos, e fueron traydas muchas viandas de diuersas maneras, e de tal guisa fue seruido, que vn emperador se deuiera contentar; e con todo esto las carnes le tenblauan, porque hauia de hazer tan gran traycion; e despues que fue la tarde e la noche fue llegada, vido ante si dos hachas segun que lo hauia acostunbrado, e fuesse para el palacio donde era la cama de la emperatriz, e assentosse en el estrado que era en par de la cama, e no se quiso desnudar por la lanterna, que no sabia donde la poner; e miro adonde estaria bien, e pusola a la cabecera de la cama; e despues oyo los passos de la emperatriz, e desque fue llegada a la cama, desnudose los paños e lançose en la cama, que el ya estaua hechado. E allegose al conde, y el conde la tomo en sus brazos e començola de besar e de hauer plazer con ella, en tal manera que la canso; e despues que la vido bien cansada, durmiose la emperatriz, de tal guisa que avnque la trauaran de la oreja no recordara. E desque vido que estaua bien adormida, saco la lanterna que tenia a la cabecera de la cama muy sotilmente que no era osado dezir, e saco la candela que estaua en la dicha lanterna, e descubriale los pechos muy quedo, de tal guisa que ella no lo sintio.

(1) Sic. Quizá «notaredes».

XXVII.—*Como cayo vna gota de la candela en los pechos de la emperatriz e la desperto, y como queria hazer matar al conde.*

Atanto miraua su hermosura, que no se hartaua de la ver, y estandola mirando, cayole vna gota de la cera en los pechos ardiendo, de tal manera que la desperto; e desque la emperatriz se vido descubierta, dio vn grito muy grande, diziendo: «¡Valasme Dios e Santa Maria, como soy muerta!» de guisa que se ouo de amortecer; e desque el conde vido que ella lo hauia visto, dio con la lanterna en el suelo de tal forma que la quebro, e començo de llorar el conde Partinuples y maldezirse a si mismo, e a su madre, y al rey de Francia su tio, e al obispo, e a quantos hauian seydo en el consejo. A poco de rato recordo la señora emperatriz, e començo de llorar e dezir assi: «¡Don traydor! En mal punto hezistes lo que haueys hecho, que vos hare matar e hazer pieças en quanto el dia sea; que vos hauedes muerto a mi, deshonrado, que no era esto lo que vos auia rogado que por este recelo vos no curasedes de descobrir a mi. Agora veredes vos a mi, e a quantos ay en mi ymperio sabran de mi deshonra». E salto la emperatriz de la cama y empeço de se vistir, e mientra ella se vistia, el conde no hazia sino llorar, pidiendole por merced que le perdonase, que nunca otra vez lo tal haria, e que el se sentia por traydor por aquella traycion que hauia cometido. Alli hablo la emperatriz: «Por cierto, bien [se] traydor, que como passastes lo mas passaredes lo menos, que no auiades de esperar sino cinco meses e fuerades señor de mi y de todo mi imperio; e agora hauedes perdido a mi y a todo lo mio. Agora vos hare matar en quanto venga el dia, que todo lo otro vos perdonaua, saluo esto que vos hauedes hecho». E dexolo assi e fuesse para el palacio de su hermana Vrracla, e començo de llorar e de messarse de tal son, que la hermana y dueñas e donzellas hauian gran temor por la ver assi, que no sabian en el mundo que se hazer ni con que la conortar. E la emperatriz tomo la hermana por la mano e apartola en secreto, e contole todo como le hauia acontescido en la assi descobrir el conde y deshonrar. Y que su encantamiento ya no era ninguna cosa, que todas las gentes la podian ya ver a ella e a el. Dixo la hermana: «Yo me ire para el palacio, porque no se vaya, e llamare hombres para que vengan armados, para que lo hagan pedaços». E la señora em-

peratriz mando llamar sesenta hombres todos armados, y que viniessen a la sala que estaua en frente del palacio, e que esperassen alli vn cauallero malo que hauia hallado en su palacio, y ella fuesse a posar en vnos coxines al quicial del palacio aguardallo. Y el conde no hazia sino miralla. Quanto mas la miraua, mas hermosa le parescia, e con el lloro que hauia tenido estaua que le parescia el grano de la granada colorada, e avn mas que la rosa, magüer que no estaua conpuesta, que mas linda parescia que otra que estouiesse conpuesta. El conde estaua en la cama assentado e desnudo, que no tenia ropa ninguna que se vistiesse, que assi queria la señora emperatriz que muriesse desnudo, porque fuesse mas deshonrado. Y estando assi, Vrracla, su hermana de la emperatriz, estaua adereçando sus paños que se vistiesse porque pareciesse bien, que muy grande desseo tenia de ver al conde su cuñado, mas no en aquella manera que estaua esperando la muerte. E quando fue el dia claro, Vrracla se fue para el palacio donde estaua la emperatriz, e vido al conde que estaua en la cama assentado pidiendo por merced a la emperatriz que lo perdonasse. E la emperatriz no le respondia cosa ninguna, que bien parescia en su cauallo (1) de la señora que no era su voluntad; esto era hazia el alua. E dende a poco de rato oyo el conde por la sala los honbres armados. Entonces ouo el conde gran temor de ser muerto. Y estando assi, entro Vrracla por la puerta del palacio. Y el conde, desque la vido, mirola muy bien, la qual era muy hermosa, el su rostro amoroso e gracioso, e la su cabeza hera pequeña, y los sus cabellos rubios, que parecian de oro fino, los sus ojos orientos e pintados (2), e las cejas prietas, e la frente blanca, su garganta luenga, y el rostro aguileño, y la nariz afilada, la boca pequeña, los beços colorados, e los dientes de su boca blancos como la nieue y menudos, e las sus espaldas largas, los pechos altos, sus tetas pequeñas, los sus braços de buen talle. Las sus manos pequeñas é blancas, los dedos largos e delgados, e muy delgada en la cintura; las sus caderas anchas y el su pie pequeño e socauado. Este es su talle de Vrracla, hermana de la emperatriz; e quando ella entro en el palacio, las dueñas e las donzellas quedaron fuera, con gran temor que auian de su señora la emperatriz, porque veyan que estaua muy ayrada, que no osauan pararse delante, atan grande era su saña. E Vrracla fue derecha a la cama, e miro al conde, como era de tan buen cuerpo e atan hermoso. E la señora Vrracla començo a dezir al conde assi: «Ermano señor, ¿por que heziste tamaño pesar a mi señora hermana la emperatriz? que como hauiades passado lo mas, passarades lo menos, e gozarades vos e mi hermana e yo, e fuerades emperador». E desque el conde supo que aquella era su hermana, tomole las manos e besogelas, diziendo: «Señora hermana, sabed que fuy engañado por mi madre e por mi tio el rey de Francia, e por vn traydor obispo». E desque esto oyo Vrracla, fuesse para Melior su hermana, e començole a besar los pies e las manos, pidiendole por merced que lo quisiesse perdonar, pues que no auia sido el yerro por el. Respondio estonces la emperatriz que no lo haria en ninguna manera, e fue con esto al conde Vrracla. Todavia el bueno del conde rogandole que trabajasse lo mas que pudiesse en ello, e luego boluio Vrracla a la señora su hermana Melior, e tornole a besar las manos, rogandole e pidiendole por merced que ouiesse piedad del, que no muriesse assi, pues que no fue en el. Todavia dixo la emperatriz que auia de morir. E torno Vrracla a la cama a dezir al conde que todavia no queria, en manera que no hazia otra cosa Vrracla sino yr a la cama del conde e boluer a la emperatriz; en fin dixo a la señora emperatriz, que pues lo auia traydo de su tierra, que le mandasse dar su cauallo e que no lo matasse; esclavase (1) todavia ella, diziendo que no. «Pues sed segura que sus parientes vos lo demandaran, e todo lo otro que aueys passado con el; e sabed, señora hermana, quel marido que ouieredes vos lo dara en çaheria». E mientra esto le decia, estaua hechada a sus pies, besandogelos e rogando todavia por el buen conde, de tal guisa que nunca la pudo sacar de no. Aqui dixo doña Vrracla: «Señora, pues hazedme vna merced, que no lo hagades assi matar desnudo, que yo traere los paños que el aqui traxo, y el sabueso y la bozina y su cuchillo»; e la emperatriz le dixo que le plazia, e que en esso no tardasse. E Vrracla fuesse en buena hora para el puerto de la mar, e hizo adereçar dos naues que estauan cerca de la ciudad a do ellos estauan. E despues fue a su palacio de la emperatriz e leuo los paños del donzel e començosse a vestir. E fue e adereço los paños de lino e sus ropas que alli auia traydo, e su cauallo morillo e su espada, e fuesse para el palacio de la emperatriz. E començo a vestir al donzel. E ambos a dos a llorar. E desque ouo vestido al

(1) Sic.

(2) «*Los ulls grans y negres*», dice la versión catalana (Figueras, 1844, pág. 101).

(1) Sic, por: «escusavase».

conde, tomolo Vrracla por la mano e fueronse para la emperatriz; e hinco los ynoyos ante ella rogando a la emperatriz: «Señora, ¡perdonad a tan hermoso donzel!» E la emperatriz diziendo assi: «Por cierto, morira el traydor». Respondio Vrracla: «Yo quiero yr con el e lo mataran, [e] yo lo enterrare e hazerle he mucha honrra como a mi cuñado».

XXVIII.—*Como Vrracla escapo al conde de la muerte, e le embio en vna nao a su castillo de Bles.*

E ella tomolo por la mano, e leuolo por la sala con la manga del pellote encima de su cabeça del conde. E quando los honbres de armas lo vieron salir, pusieron mano a las espadas, e dellos a las porras, e dellos a las visarmas, para lo matar e despedaçar, e Vrracla les dixo: «Estad quedos, señores, que no es este el cauallero que mi señora hermana manda matar, mas es vn escudero que embia sobre mar; e quando saliere el otro mataldo, quel otro es señor, este es vassallo». E fueronse para el puerto Vrracla y el conde, e dixole Vrracla: «Tomad vuestro cauallo el que aqui truxistes». E metiolo en la nao y encomendolo al maestre de la nao que lo lleuasse hasta Bles saluo y seguro. E dixo al maestro de la nao: «Avnque vos llame la emperatriz no voluades a su llamado, si no yo vos mandare cortar la cabeça». Y ellos se fueron assi. E Vrracla se metio en otra nao por miedo de la emperatriz, porque no la llamasse, e fuesse a la tierra que le hauia dexado su padre, y fue tan enamorada del conde, que si no fuera su cuñado, consigo lo leuara, que atan bien le parescio en todas las cosas que qualquier gentil hombre podia tener.

XXIX.—*Como el conde llego a Bles e no queria ser rescebido, llamandose a ssi mismo traydor.*

Tornemos al cuytado del conde, que lo puso el maestro de la nao a la puerta de la villa de Bles; e desque llego alli era de noche, y el velador conosciolo e vale a besar la mano, y el conde le dixo que se fuesse, que era traydor; e arrimose el conde a la cerca e començo de llorar tan fuertemente, que por marauilla era. Y desque esto oyo el velador, fue llamar a su madre del conde que lo viniese a ver, que estaua muy triste, e la madre, quando lo supo, fue destocada. Assi como lo vido, fuelo abraçar, y el conde pusole la mano en los pechos e diole vn tan grande empuxon, diziendole assi: «No me habledes, ni me abracedes, por quanto me hezistes traydor, y el rey de Francia mi tio, y el traydor del obispo, que si yo supiesse adonde estaua, yo le mandaria poner vn bacinete ardiendo en la cabeça». E la madre, desque lo oyo, empeçose rascar e de llorar muy rezio, diziendo que no auia culpa; y el conde le dixo que se fuesse en hora buena, e que no le mirasse ni hablasse, que todos le auian seydo traydores. E fuesse alli el conde a meter en vna casa de vn sotil labrador. E despues que estouo dentro, cerro las puertas e començo de llorar, haziendo muy gran llanto. E desque esto oyo la madre e las amarguras que hazia, queriase tornar loca, y el conde la denostraua de tal guisa, que quantos la oyan cuydauan que era tornada loca, y estouo alli hasta tres dias, que no comia ni beuia, sino dando bozes.

XXX.—*Como el rey Sornaguer enbio su hijo al conde Partinuples.*

Tornemos al rey Sornaguer, que desque supo que el conde era en Francia, este rey tenia vn hijo al qual llamauan Aufete, y el rey Sornaguer le dixo: «Hijo, ydvos a Francia, alli hallaredes vn cauallero que es sobrino del rey de Francia e ha por nonbre el conde Partinuples; seruildo e curad de aprender sus costunbres». E Aufete, desque lo oyo, plugole de muy buen grado, por quanto oyo dezir que era buen cauallero, e luego en esse punto partio del reyno del rey su padre. E fuesse para Francia; luego pregunto por el conde, e los franceses le dixeron que estaua en el castillo de Bles, e que alli lo hallaria, e luego se partio para alla e llego a la puerta do era el conde, e llamo e pregunto quien era, e dixo como era Aufete, hijo del rey Sornaguer, que lo embiaua su padre a estar con el. El conde le dixo que mucho en hora buena, si el quisiese hazer su mandado; y el le dixo que si haria en quanto la fuerça le alcançasse; e luego el conde abrio la puerta y entro dentro, e abraçolo e besolo, e dixole assi: Que se podia llamar hijo del mejor cauallero del mundo e del mas verdadero, que si assi no fuesse, que otramente no entraria en su conpañia. Aufete le dixo: «¿Como assi?» «Porque mi señora madre y el rey mi tio hizieron que fuesse traydor, en el reyno no entrare mas hasta que vea lo que deseo; assi, hermano, hazed lo que yo vos mandare, si vos quereys hauer mi conpañia e yo la vuestra: hazedme amassar pan de ceuada, y traed aqui vn jarro de agua»: y el hizolo assi como ge lo mando el conde. E desto comia el cada dia del mundo, e avn aquesto

no comiera sino por la hanbre que lo aquexaua. Y en esta mezquina vida estouo ocho meses; e desque el rey de Francia, su tio, supo como se auia tornado loco su sobrino el conde e deshonrraua a su madre, por esto no queria el rey de Francia yr a verlo, porque se tenia por culpado; e desque se complieron los cinco meses en que se cumplian los dos años en que hauia de ser emperador, desque lo supo el conde que cunplieron los dos años, hazia muy grande lloro e grandes cuytas, que por marauilla era, que no siento honbre en el mundo que lo oyesse que no le quebrasse el coraçon segun sus amarguras, porque el tiempo se hauia conplido. Y todos quantos lo oyan pensauan que era loco, por aquellas cosas que dezia.

XXXI.—*Como los reyes e los caualleros del imperio juntos se fueron a la emperatriz para que se casasse, e como se ordenaron Cortes.*

Tornemos a Melior, que estaua en su castillo. E como mando hazer cortes e ayuntaronse todos siete reyes, e condes, e duques. E desque fueron todos llegados a do la señora estaua, dixoles assi la señora emperatriz: Que supiessen como le hauian dado plazo de dos años, e que eran ya passados, y que en este tienpo que auia de tomar marido. E dixoles que no lo tenia recaudado. Entonces dixeron los reyes que mandaua su señora que hiziessen en ello. Entonces dixo la emperatriz que lo que ellos por bien touiessen que esso hiziessen; y ellos respondieron que buscarian el mejor hombre que pudiesse ser que fuesse pertenesciente para su merced que fuesse emperador. Y en esto acordo la señora que les pidia por merced que esperassen vn poco. Y ellos estando assi, entro vn mensajero por el palacio donde estaua la enperatriz e los caualleros. E hinco las rodillas. Y beso vna carta que traya e pasola encima de su cabeça. Y diola a la señora. E luego la emperatriz la leyo y entendio lo que en ella dezia. E desque la ouo leydo, pidio por merced a los señores que le diessen dos o tres meses de plazo «para que embie por este cauallero que aqui me embian a dezir que es pertenesciente para mi. Y porque es de luenga tierra, en estos tres meses enbiare por el». Y los reyes ge lo otorgaron. E luego fueron derramadas sus cortes; e todo esto assi hecho, embio la emperatriz por su hermana Vrracla, embiandole a pedir por merced que llegase hasta donde ella estaua, por quanto ella queria tomar consejo con ella; e la hermana no osaua yr alla, por miedo que la faria matar. Porque muchas vezes hauia embiado por ella, por saber del conde si era muerto o si era viuo. E Vrracla le embiaua a dezir que era tornado loco. E por esso no osaua yr a la enperatriz. Y quando la emperatriz le embiaua vna carta a vn lugar, luego Vrracla fuya a otro, porque no le embiasse otra carta; e assi anduuo fuyda de lugar en lugar. En esto la emperatriz se veya en gran cuyta que no era de pensar, que no sabia con quien tomar consejo, e tanto tomaua del enojo, que caya amortecida en tierra, e no sabia ninguno por que lo hazia; e passados los tres meses vinieron los dos reyes sus tutores: «¿Tiene vuestra señoria recaudo?» O si no, que ellos ge lo darian. Ella, desque vio que no podia auer recaudo de su señor el conde, que ella mucho amaua, dixo a los dos reyes que hiziessen como ellos por bien tuuiessen; e los reyes le dixeron que mientra que llegauan Cortes que ella se buscasse. E que ellos le ayudarian a buscar. Y ella dixo que le plazie de muy buena voluntad. E hizo luego escreuir cartas a su hermana, pidiendole por merced que le supiesse del conde su señor. Y llegaron los mensajeros a donde estaua Vrracla. Y ella le embio esta respuesta: Que quando le rogaua por el, no quiso recebir su ruego. Y que su voluntad era de lo mandar matar, e agora se veya en cuyta que lo mandaua buscar, que supiesse cierto que era tornado loco. Y que ella auia de ayunar aquel pecado. Mas hasta que viesse al conde en el castillo suyo, que nunca alla yria. E desque la emperatriz oyo aquello, ouo muy gran pesar; empero embiole a dezir que loco o cuerdo o como estouiesse, que ge lo truxesse, que ella lo perdonaria, y que creya que en perdonandole que luego sanaria. Vrracla ouo en esto gran plazer, que por marauilla era. En esto y en ayuntamientos de Cortes se passaron los dos años e mas, el tiempo que le hauian dado de plazo. E Vrracla le embio luego a dezir a la emperatriz del buen conde Partinuples.

XXXII.—*Como el conde, estando en gran penitencia e no pudiendo morir, acordo de se yr a la floresta para acabar alli su triste vida.*

Boluamos al conde, que estaua en su penitencia e auia assi estado ocho meses que no comia sino pan de ceuada y beuia agua, e desque vido que no podia morir e que la hambre lo aquexaua, e no ge lo consintio la carne, penso en su coraçon, e dixo a su criado Aufete que haria locura de estar tanto

tienpo en aquella pena, que podria ser que su enamorada fuesse casada, que por el no se daria ninguna cosa, e que su voluntad era de salir de alli e yr a otra tierra. Y esto hazia el por morir. E su criado, desque esto oyo, ouo gran plazer. E dixo: «Señor, yo vos lo ruego e vos leuare a otra tierra, e comeredes e beueredes, e tirarvos hedes este cauello e tornarvos edes gordo y hermoso»; e despues que se tornaria para Paris e que tomaria plazer con los del reyno. Y para esto que tomaria vn palafren en que fuesse, por quanto estaua flaco. Aufete le dixo que tomaria otro cauallo para en que fuesse Y el conde dixo que le plazia de muy buen grado. E assi ordenaron su partida, que al primero sueño se partiessen, en guisa que no los conosciesse ninguna persona, por quanto el conde no estaua para parescer ante las gentes, e assi fueron su camino, pasando Aufete muchas penas con el conde, caualgandolo en el cauallo e descaualgandolo, e si por Aufete no fuera, que le leuaua las manos en las espaldas, otramente no se podia tener en el cauallo, tan flaco yua. E assi anduuieron toda aquella noche, hasta que llegaron a vn lugar que era cerca de las sierras de Ardeña. Y quando alli llegaron, Aufete descaualgo al conde e preguntole que queria comer; y el conde le dixo que truyesse para el e que no curasse de mas, «ca mejor talante tengo de morir que no de viuir». A esto dixo Aufete: «¿Como, señor, a esto me truxistes?». E dixo el conde: «Por cierto, no vos he hecho mal ninguno». Respondio Aufete: «Asaz me auedes hecho de falsia en sacarme saluo e seguro, que si vos, señor, vos matasedes o vos dexasedes matar, dirian que yo vos saque a matar por vengar la desonrra de mi padre e de Elenisa vuestra esposa». Y el conde le dixo: «Tornaduos christiano, e yo sere vuestro padrino, e hare quanto vos mandaredes». Esto hazia el conde pensando que no lo haria, por tener alguna color por no hazer lo que le rogase; e Aufete, con el gran amor que tenia de lo ver sano, dixo que le plazia de muy buen grado; y al otro dia lleuolo a la yglesia e tornolo christiano, e pusole nombre Guillermo, que es nonbre de franceses, e desque christiano se vido, ouo muy gran plazer.

XXXIII.—*Como la emperatriz embio a llamar a Vrracla su hermana por tomar consejo; y ella dio a huyr por la mar e no quiso venir.*

Boluamos a las dos hermanas, que estauan en muy grande qüestion. Como Vrracla no queria venir a la merced de la señora emperatriz su hermana, por quanto las Cortes estauan ayuntadas con los siete reyes, e todos los del imperio estauan en gran qüestion diziendo que quien hauia de ser emperador. E la emperatriz embiaua todavia por Vrracla, la qual no queria venir a su llamado, porque queria tomar consejo con ella, en tal manera que no sabia que se hazer la emperatriz. En esto acordo Vrracla que mando adereçar vna nao muy hermosa. Y entro en ella e dio de fuyr por la mar.

Boluamos a los dos reyes del imperio, que dezian que fuesse vno que ellos tenian que pertenecia ser emperador. E los otros reyes e caualleros dezian que fuesse otro, ca ellos sabian que era muy pertenesciente para ser emperador, e con esto estauan mal informados. En esto dixeron los reyes sus tutores de la señora: «E nosotros somos tenedores del imperio. E nosotros queremos a vos quitar desta qüestion que por nosotros no ayades guerra. Para esto queremos que sean escriptas cartas por todo el mundo, que vengan quantos buenos caualleros ouiere al imperio, que qualquier cauallero que sea mejor en el torneo, esse aura el imperio». E luego dixeron todos que era bueno assi, e luego fueron escriptas muchas cartas en esta manera: Que si fuesse christiano el que venciesse el torneo, que le diessen el imperio; o si fuesse moro el que venciesse, que se tornasse christiano e le diessen el imperio assi como dicho era. Y desta guisa fueron escriptas las cartas; e luego los mensajeros partieron con ellas e hizieron pleyto e omenaje de no yr ni venir contra ello por ninguna cosa del mundo, e assi derramaron sus cartas. Boluamos a Melior, la emperatriz, que no sabia en el mundo que hazer, ni con quien tomar consejo, que por muchas vezes hauia embiado por su hermana e no queria venir a su llamado. Esto hazia la emperatriz que queria hauer consejo con su hermana Vrracla, por quanto hauia gran recelo que la no auian de hablar qual deuian.

XXXIV.—*Como andando Vrracla huyendo por la mar aporto a las sierras de Ardeña, y como alli hallo al conde en forma de alimaña, haziendo penitencia.*

Andando Vrracla assi fuyda por la mar porque la emperatriz no supiesse donde estaua, y tanto anduuo fuyda, que ouo de amanescer vn dia em par de las sierras de Ardeña. E andando assi, oyo relinchar vn cauallo, e Vrracla pregunto al maestre de la nao en que tierra estaua, porque oyo relin-

char aquel cauallo. Respondio el maestre: «Señora, desto me hago yo marauillado, que estamos en las sierras de Ardeña, que son las mas desiertas del mundo, que se llaman muy asperas». E dixo Vrracla: «Hechemos el ancora hasta el dia, e veremos que cosa es». Entonces dixo el maestre: «Merced haredes, que podria ser algun cauallero que este perdido, e meterlo hemos en la nao». E dixo Vrracla: «Hagasse asi, si es tierra que podamos andar a pie». Y el maestre de la nao le respondio que era tierra de muchas sierras, «en las quales hay muchas e muy grandes sierpes, e otras muchas alimañas, assi leones como ossos Empero, señora, yo saldre primero e las encantare, de guisa que entremos seguros». E despues salieron en tierra, e Vrracla dixo al maestre de la nao: «Entrad vos primero». E assi lo hizo el, y encanto todas las animalias, de guisa que los leones se subian a las sierras, e las sierpes a las cueuas, e las onças a las peñas, y los ossos a las sierras. E desque esto vido Vrracla, descendio de la nao e caualgo en vna acanea que leuaua en la nao, muy hermosa, e entraron en las sierras e hallaron rastro de cauallo. E dixo el maestre: «Señora, ¿queredes yr hasta do va este rastro, que sangre hay en el? Mas no se si es del señor o del cauallo». Dixo Vrracla: «vamos a do va». E hizieronlo assi, y fueron em pos del rastro de la sangre adelante, hasta que llegaron a la fuente donde solia beuer el conde, e hallaron vn leon muerto, e tenia en la boca del leon vn bocado de carne que era de cauallo; y todos andauan buscando que cosa podia ser aquello Y entonces dixo el maestro: «Señora, esto puede ser que este quiso comer al cauallero, e saltole en las ancas e sacole aquel bocado, y como se sintio herido el cauallo, lanço vn par de pernadas y mato al leon». Entonces cataron el leon por ver do era herido, y hallaronle en la frente los cascos quebrados. Entonces dixo el maestro de la nao: «Señora, quedadvos aqui, que yo y estos marineros yremos por el cauallo, por que vos no vayades tan trabajada»; e que no ouiesse miedo de ninguna alimaña, que todas estauan encantadas. Y ella dixo que le plazia de quedar, e que fuesse en hora buena. Y quedo ella e vna donzella que hauia nombre Persia; y ellas assi estando, vieron salir vna alimaña muy grande y fea e denodada de vna encina. Y Vrracla se fue para ella, e vido que era semejanza de honbre, e allegole la mano a los cabellos; tirogelos delante la haz, e andaua a semejança de gatas sobre pies y manos, ca no hauia fuerça de sostenerse, e Vrracla le pregunto que cosa era, y el le dixo que era vn traydor. Y ella le pregunto que como hauia el nombre. Y el respondio que se llamaua *traydor*. Entonces Vrracla enmudescio, que no pudo mas hablar, y estouo queda vn poco, e començo a pensar en aquello que hauia passado en el castillo de Cabeçadoyre, en el palacio de Melior la emperatriz Que quando saco a su cuñado del palacio, que alli hauian passado aquellas palabras que aquella alimaña alli dezia, e Vrracla hauia embiado a saber del conde, e le dezian que era tornado loco e que se hauia ydo a perder; e penso en su coraçon que podia ser aquello, y començole de dezir: «Amigo, no te me niegues que cosa eres, e dime agora quien eres, que si tu supiesses quien yo soy, no me denegarias tu nonbre, que yo no soy villano porque tu te me deues escusar, que yo soy hija de vn emperador y tengo vna hermana emperatriz. A mi llaman Vrracla». Esto hizo ella por ver si era el conde E dixole Vrracla que andaua en busca de vn noble conde, al qual llamauan Partinuples, al qual la emperatriz mi hermana quiere perdonar. Y el conde, desque esto oyo, que aquella era Vrracla e que assi le perdonaua la emperatriz su señora, cayo en el suelo amortescido. Entonces vido Vrracla que aquel era el conde, e assentose a par del, e tomole la cabeça, e pusola en su regaço, e tirole los cabellos del rostro, que parescian hebras de oro muy fino; e desque abrio los ojos e la vido, començo de llorar e dixo assi: «Señora hermana, ¿es verdad que me dezis que la señora emperatriz me quiere perdonar?» E Vrracla le dixo: «Si, sin ninguna dubda». Y llamo luego a Persia su donzella, que le ayudasse a leuantar, que era vassallo de vna villa suya, e luego la donzella hizo su mandado; e Vrracla e la donzella tomaron por los braços e leuantaronlo, e fueronse a la nao con el, e metieronlo dentro y encomendolo a Persia su donzella, que pensasse del, e que le lauasse la cabeça e le cortasse los cabellos al derredor de la cara, que mas auia de vn año que no ge los auia cortado. E despues que le diesse de comer muy bien e sotilmente; e que fuessen cosas ligeras, por que no le hiziessen mal, hasta que fuesse vsado el estomago a las viandas. Y Vrracla dixo al conde en secreto que no dixesse nadie quien era ni quien no, saluo que dixesse que era vn vassallo suyo que se auia perdido en las sierras de Ardeña; e dixolo assi y fuese para la fuente adonde auia dexado al maestro e a los marineros, e desque fue llegada, preguntoles que cosa era lo que auian hallado. Y ellos le dixeron: «Señora, hallamos vn cauallo sin señor; y estaua mordido en las ancas»; e que era ciertamente el

cauallo que auia mordido el leon que hauian hallado muerto, e que tenia el bocado en la boca. Entonces dixo Vrracla: «¿Por que no lo truxistes?» Y ellos dixeron que porque no podia andar, que lo dexaron en tierra muerto. Y ellos se fueron todos para la naue y entraron en ella, y desque fueron dentro, preguntaron a Persia los marineros y el maestro que quien era aquel honbre que alli estaua tan flaco. E Vrracla les dixo que era vn vassallo suyo que alli auia quedado. Y mando luego alçar el ancora e alçar la vela; y fueronse para vn castillo de (1) Vrracla que tenia nonbre Thenedo; e desque fueron en el castillo, Vrracla y el conde departieron de toda su hazienda, de lo que les auia contescido; en fin de razones, Vrracla le dixo al conde que curasse de comer e holgar, e que se parasse hermoso. Y el conde dixo: «Señora, hazedme ver a la señora emperatriz e luego engordare y me parare hermoso, muy mas que auia seydo». E Vrracla le dixo que quando la tenia en su poder no la pudo guardar, «mas agora la emperatriz no es en su poder, que es en poder de los reyes, y no puede mas hazer de quanto ellos le mandan, que este hecho no se ha de librar sino por fuerça de armas». E contole todo el hecho de la manera que hauian concertado los reyes e los del imperio como auia de auer marido; mas para esto que ella haria que antes de pocos dias la viesse. Y estando assi Vrracla con el conde en el castillo, supolo la emperatriz en como era ya venida. E luego enbio vn mensajero que fuesse para ella, que los reyes auian embiado por el mundo a llamar a todas las gentes que quisiessen venir a ver el torneo que viniessen. Esto era en el tienpo de las Carnestoliendas, e cunpliasse el torneo para Pascua florida; y Vrracla, desque vido las cartas, plugole mucho dello, e rogo al conde que curasse de engordar, e rogo a Persia la donzella que pensasse del conde; e no fue aquella carta llegada, quando fue otra embiada que fuesse apriessa, ca queria tomar consejo con ella en hecho de su casamiento. E luego caualgo Vrracla e fuesse para alla, e desque Persia vido yda a su señora, rogo a Dios que no la truxesse mas al castillo, porque ella estaua muy enamorada del conde, que no hauia vez que no lo peynasse que no lo besaua. Y el conde le rogaua que no lo besasse ni a el llegasse, que su desseo era en otra que no en ella, y ella le dezia que si le pesaua, que nunca mas pensaria del; y el le dixo que hiziesse lo que por bien touiesse, y esto passaua cada dia.

(1) El texto: «o».

XXXV.—*Como Vrracla vino al castillo de Cabeçadoyre al llamado de su hermana, e como le salieron a rescebir duques y otros ricos honbres.*

Boluamos a la emperatriz, que desque supo que venia su hermana, ouo muy gran gozo, que no era cosa de pensar, que mucho tiempo auia que no la auia visto, por quanto ouo andado fuera de su mandado por el hecho del conde, e quando llego Vrracla cerca del castillo, salieronla a rescebir duques y condes e otros grandes señores con mucha alegria, e leuaronla al palacio de la emperatriz; e la señora saliole a rescebir, y desque la vido fuela abraçar, e besola en la boca, y entraronse dentro en el palacio, e començole a contar toda su hazienda, e que le diesse consejo; e Vrracla le dixo assi, por la amanzillar e por le quebrar el coraçon: «Señora hermana, quando teniades al conde e vos daua consejo que lo perdonassedes, e vos no quisistes, y sabiendo lo que entre vos y el era passado, y agora vos me demandays consejo. Por esto sabed que el marido que ouierdes vos lo dara en çaherio». E desque esto oyo la emperatriz, començo de llorar, e desque assi la vido llorar Vrracla, le dixo que no llorasse «que no lo hazeys con verdad, mas paresceme que lo hazeys con falsedad, que quando vos rogaua por tan hermoso donzel, nunca lo quesistes perdonar, ni quesistes del hauer piedad». E desque esto oyo la emperatriz, començo de amortescer, y Vrracla no se vengaua della, e començole a dezir que lo hazia con malicia, que si ella ouiera amor verdadero, no perdiera tan buen cauallero, que era de los mejores caualleros del mundo, y por ser tan sin piedad hauia hecho perder aquel conde. Ella cayo en gran verguença con estas palabras e quebrauale el coraçon, e assi estouieron aquel dia departiendo de su hazienda la vna con la otra, e a cabo de algunos dias, estando assi, dixo Vrracla a la emperatriz su hermana: «Bueno seria que hiziessedes cien caualleros nueuos de vuestra tierra, e gran honrra vos seria para este torneo, pues que todo el mundo ha de venir a el». Entonces dixo la emperatriz: «Hermana, vos ordenad como quisieredes, que yo sere contenta, que no tengo con quien tome consejo sino con vos, e no passare vuestro mandado» Luego dixo Vrracla: «Hermana, yo lo ordenare de oy en vn mes, y verne aqui con ellos quando se ouieren de armar. Otrosi vos ruego que aderescedes vn palacio muy noble adonde el conde solia comer, porque estaua alli la silla del emperador». E la emperatriz le respondio: «Hermana, ordenad

como quisieredes en lo alto y en lo baxo». Alli dixo Vrracla: «Agora a vn año no hezistes assi». Entonces la emperatriz començo de sospirar e llorar muy fuertemente, y Vrracla, en ver aquello, vengauase della por lo que auia hecho al conde, y nunca la quiso halagar. E desque assi ouo estado vna gran pieça, fuesse Vrracla para la ciudad a adereçar para hazer los caualleros, e hizolo assi desta guisa: Tomo nouenta e nueue caualleros, para que la emperatriz hauia de armar cauallero, ca muy mas honrrado era el cauallero que emperador o hijo de rey armaua que otro ninguno; e aquellos caualleros y escuderos besauan las manos a Vrracla por aquella honrra que les hazia; y estos escuderos no sabian si eran muchos o si eran pocos, porque Vrracla lo dezia a cada vno por su parte, por que no se contassen, y mandaua a todos que se aparejassen para vn dia cierto. E despues que esto ouo hecho Vrracla, fuesse para el palacio donde estaua la emperatriz a despedirse della, e dixole como dexaua los escuderos ciertos, y que se queria yr para el castillo de Thenedo, y que traeria sus paños para quando se hauia de armar, e Melior le fue a besar e abraçar, e rogole que no tardasse alla, y ella dixo que le plazia.

XXXVI.—*Como Vrracla torno a su castillo adonde auia dexado al conde Partinuples, y como le hallo ya bueno, hermoso e rezio.*

Assi se partio Vrracla de la emperatriz y fuesse para su castillo, e quando el conde Partinuples supo que venia cerca, saliola a rescebir con muy gran gozo, e la primera cosa que le pregunto el conde, le dixo si traya recabdo de lo que le auia rogado, y ella le dixo que si, e contole en que manera, e desque lo oyo, ouo grandissimo gozo; y el conde estaua tam bien pensado, que Vrracla no lo conoscia, tan gordo estaua y hermoso e recio para hazer en armas. E Vrracla, desque lo vido, hizole luego dar armas y cauallo qual a el pertenescia, y diole mas Vrracla vna espada de muy gran valia. Y el conde, desque se vido armado, hinco los ynojos en tierra e dio muchas gracias a Dios por tanto bien como le hauia hecho, y mas que lo hauia de armar cauallero su señora la emperatriz, que era su enamorada. E Vrracla le dio vn cauallo castaño que hauia las orejas blancas. Esto lo hazia Vrracla por lo conoscer en el torneo, e assi estuuieron algunos dias, y Vrracla hizo adereçar sus joyas e paños, e fuesse para donde estaua la emperatriz; y leuo consigo al conde su cuñado que la leuasse de rienda, mas no porque supiesse nadi quien era ni quien no. Y leuo consigo a Persia la donzella que pensaua del conde, e anduuieron tanto que llegaron al castillo de noche. Y en esto hazia Vrracla cordura de encobrir al conde, que persona no preguntasse por el, porque la emperatriz no fuesse turbada. E desque fueron en el castillo, mando Vrracla a Persia que tomasse al conde por la mano e que lo metiesse al palacio que estaua a la entrada de la sala, adonde estaua la silla del emperador; y la donzella hizolo asi, y Vrracla se fue para donde estaua la emperatriz, e desque se vieron la vna a la otra, ouieron muy gran plazer, e la emperatriz dixo a Vrracla que para quando se auian de armar aquellos caualleros. Esto passo jueues, e Vrracla dixo que para el domingo. E luego hizieron adereçar aquella sala muy ricamente de muy ricos paños, como pertenescian para cortes de tal señora como la emperatriz, e Vrracla, estando con el conde holgando, dixole: «Hermano, quando fuere el sabado en la noche a los maytines, vestirvos hedes vuestras armas, y sereys presto para quando entraren los otros escuderos que entredes con ellos, que con vos son cien caualleros, e vos vereys a vuestros amores la emperatriz. E por cosa del mundo no habledes»; e mando a Persia su donzella que lo armase bien e lo pusiesse detras de las puertas, y quando passassen los otros caualleros, que lo pusiesse con ellos, y que a la buelta que boluiessen los dichos caualleros, que tuuiesse la puerta abierta, porque no se detuuiesse a la puerta. La donzella hizolo assi como su señora le mando, y Vrracla se fue para la emperatriz, e toda aquella noche no hizieron sino componer la sala donde se hauia de assentar la emperatriz para armar los caualleros que dicho auemos.

XXXVII. – *Como el conde e otros nouenta y nueue fueron armados caualleros por la emperatriz.*

Cuando tañeron maytines, vistiose la señora emperatriz vnos paños de purpura enforados en vnas peñas veras, e assentose en la silla del emperador su padre, e quando entraron los caualleros noueles, hizo la emperatriz llamar a Vrracla su hermana, que viesse como se armauan los caualleros. E la donzella, quando vio entrar a los caualleros, puso al conde entre ellos, y desque el conde vio a la emperatriz a la entrada de la sala, touo en si grande alegria, que por marauilla era, e Vrracla leuantose en pie, e como el conde la vido que era cosa tan hermosa, todas las carnes le temblauan, e assi en esto

passaron todos los caualleros a vna parte de la sala, e començo de armar la emperatriz a los caualleros, e quando ouo de llegar al conde, bien lo conoscio Vrracla en las sobrevistas que traya de las armas, e pusole Vrracla las manos en las espaldas del conde, y el conde tomo la espada con la vayna, e hinco los ynojos ante la emperatriz, y en hincando las rodillas, amortescio el conde, que ouiera de caer en tierra sino por Vrracla, que le dio con las rodillas en las espaldas; y el conde menbrose de lo que auia dicho Vrracla, e tornose derecho e abaxo los ynojos en tierra, e dixo la emperatriz: «¿Que ouo este cauallero que assi ouiera de caer?» E dixo Vrracla: «Son mozos e nueuos, e no son usados de tomar armas, e han velado toda la noche y estan amodorrescidos del sueño». Alli tomo la espada la emperatriz de las manos del cauallero, e ciñiogela e armole cauallero. Alli se entendio el conde que era armado cauallero de mejores manos que auia en el mundo, e assi armados los caualleros, salieron de la sala con muchas tronpetas e juglares que por marauilla era; e assi salidos todos en la sala, Persia la donzella esperaua al conde con la puerta abierta, e desque llego el conde, tomole Persia con la mano e metiolo al palacio e desarmolo, e diole de comer, que bien le hazia menester, ca toda aquella noche no auia dormido esperando aquel gozo.

Tornemos a la emperatriz e Vrracla su hermana, que estauan en consejo en como se auia de hazer el torneo. Esto era por Pascua florida, porque los arboles e los canpos eran todos floridos e verdes; e la emperatriz dixo a su hermana Vrracla: «Adereçad vuestros paños e venidvos a estar comigo». En esto todo nunca supo la enperatriz del conde, y despidiose Vrracla de la enperatriz e fuesse para el castillo de Thenedo, e leuaua consigo al conde, que la leuaua de [la] rienda. Y en todo el camino Vrracla no hazia sino dezir al conde que curasse de ser buen cauallero, que el mas rezio del torneo hauia de ser emperador. E conto el hecho segun que la emperatriz se lo hauia contado, e como los reyes lo hauian ordenado, e que aquel hecho no se hauia de librar sino por fuerça de armas; y el le dixo que mucho en hora buena fuesse, que el lo haria de buen grado, ca desque fue armado cauallero de manos de Melior, que entendia que era tan fuerte como vna torre. E llegaron al castillo de Tenedo y estouieron ende hasta ocho dias; y en esto adereço Vrracla todo lo que auia menester, e dixo al conde: «Hermano, estadvos aqui; yo yre a poner recaudo en este hecho, e buscarvos he vna casa a do estedes, e curad de ser buen cauallero». Y encomendolo a Dios e a Persia la donzella, que antes de Pascua ocho dias que ella serie con el, e le adereçaria las sobreuistas; e despidiose dellos e fue para el castillo de Cabeçadoyre a estar con la emperatriz. Boluamos al conde, que estaua con Persia la donzella, que curaua del que era marauilla, ca mucho enamorada esta del. E a cabo de diez dias, embio el conde vn mensajero con vna carta a Vrracla, que llegasse a ella en secreto. E la razon de la carta era que se encomendaua a su merced, y que el le pedia de mucha merced, que si merced le hauia de hazer, que estouiese con Melior y que le dixesse como estaua en su poder, ca pues el auia auido plazer por la ver, que entendia en su coraçon que assi lo hauia ella por saber del. E la carta fue llegada a Vrracla, e desque la vido, luego le escriuio e le embio por respuesta que los reyes de las partidas que eran empeçados a venir, e todos los otros caualleros. E que si por ventura la emperatriz lo tal supiesse, que no le dexaria por otro ninguno, e todo el mundo diria que hazia burla dellos, y el imperio e los reyes serian en gran deshonrra. Mas que vsasse bien a las armas, e que ella vernia por el, e que otramente no podia ser. E desque esto oyo el conde, dio vn gran sospiro, diziendo assi: «Que Dios le cumpliesse sus desseos».

XXXVIII.—*Como vn dia holgando en vn batel por la mar, el buen conde fue leuado por fuerça de viento a tierra de moros, e los moros le catiuaron.*

Estando assi holgando por la ribera de la mar, vio vn batel e alço las faldas e pusolas en cinta, y entro en el agua e tomo el batel, e dixo assi: «Que por hazer los braços rezios entro en el». Y començo de remar, y el andando assi remando, boluio la cabeça e miro de donde hauia partido y hallose mucho metido en la mar, e hizo vn tal viento de manera que le hizo perder los remos de las manos, de manera que se perdio por la mar e fue aportar en tierra de moros, que era el reyno del rey Herman, el qual era moro, e hallose cabe la ciudad de Damasco, que era en el señorio del Soldan de Persia. Y quando los moros vieron venir aquel batel, adereçaron los bateles e fueronse a el, e leuaronle preso a la ciudad de Damasco delante el rey. Y desque el rey lo vido e supo como era christiano mandaualo matar, e desque esto supo el conde, començo de entristecer e rogar a Dios que perdonasse su alma; y el estando assi, supo la reyna su muger del rey Herman, que auia por nonbre Ansies, de

como lo mandaua matar el rey, e dixeronle de como era tan hermoso e de tan buen cuerpo; e la reyna se fue para su marido el rey, y besole las manos, pidiendo que le hiziesse merced de aquel cauallero, y que no lo matasse hasta que supiesse razon del. E el rey, desque vido a la reyna que assi ge lo rogaua, hizole merced del, que no lo mataria. Y la reyna se fue para el cauallero, e començole de preguntar si era del imperio de Costantinobla, y el respondio: «Por cierto, señora, no, sino del reyno de Francia» «Pues ¿en que manera vos ouistes perdido?» El le respondio: «Señora, yo entre en vn batel por andarme holgando por la ribera de la mar, e leuantose vn toruellino y me lanço en medio de la mar»; e assi se auia perdido. Y desque aquello oyo la reyna Ansies, fuesse al rey e contole todo lo que auia dicho aquel cauallero, e dixo: «Hazedme merced del, por quanto es cauallero de Francia, e no muera, pues que es de tierra que no vos han hecho mal ninguno; que si fuera de otro reyno que vos ouiera hecho daño alguno, seria mas razon que hiziessedes justicia del. Por ende, señor, mande vuestra señoria ponerle en prisiones, que por el vos daran mucho». Y el rescibio el ruego de la reyna su muger, e tomaron al conde e pusieronlo en vn silo que era muy hondo e escuro. Boluamos a Vrracla, que des que fue al castillo e no hallo al conde, pregunto a la donzella que era del conde. Ella dixo que «despues que vuestra merced le hauia embiado la respuesta de la carta, que mas no lo auia visto, y que tenia recelo que se hauia ahogado en la mar». Alli hizieron gran llanto Vrracla e Persia la donzella; y desque vieron aquello, fueronse para la emperatriz con gran tristeza, no sabiendo que era del conde, si era muerto o si era biuo, y la emperatriz, desque supo que venia su hermana, hizola salir a rescebir con muy gran alegria, no sabiendo la emperatriz el enojo que traya su hermana Vrracla por el bueno del conde.

XXXIX.—*Como el rey Herman ouo de yr al torneo con el soldan de Persia su señor.*

Boluamos al conde, de como lo tenian en el silo preso. Esto hazia el rey Herman por estar seguro del conde. Por que no se fuesse y por tenello bien guardado, por quanto auia tenido carta de su señor el soldan de Persia, en las quales embio a mandar que auia de yr con el al imperio de Costantinobla, e luego dende a pocos dias passo por alli el soldan, e leuaua consigo diez e nueue reyes, e con el rey Herman eran veynte; e fueronse para el castillo de Cabeçadoyre; e salieronlo a rescebir los siete reyes del imperio con otra gran caualleria, e aposentaronlo muy bien a su voluntad; y desque lo ouieron aposentado, ouieron su consejo el rey Clausa y el rey Corsol en como venia el soldan muy poderosamente, e seyendo el moro e la emperatriz christiana, e hauiendo el soldan de vencer el torneo, que ¿como casaria la señora emperatriz con el? Y acordaron en esto: que fuessen al soldan e le preguntassen que era su voluntad de hazer. El soldan respondio a ellos que hauia hauido vna carta de los señores que ordenaron aqueste torneo, «e quiero cumplir lo que en ella se contiene». E luego hizo juramento en su ley que si el venciese el torneo, quel se queria tornar christiano. E los veynte reyes que con el venian. Y desque ouo hecho aquel juramento, ouieron gran plazer los reyes christianos, lo vno porque era buen cauallero e lo otro por seruicio de Dios.

XL.—*Como el conde, estando en el silo, hazia grandes cuytas porque no podia yr al torneo, y como por la reyna Ansies fue socorrido y sacado dende.*

Tornemos al conde, que estaua en el silo y preguntaua a los moros si era hecho el torneo, y los moros le dezian que no, mas que venian los condes e grandes caualleros de todas las partidas del mundo para alla. Y el conde estando en el silo, no sabiendo quando ni quando no venian la Pascua que hauia de ser el torneo, rogo vn moro al conde que si algo quisiesse que ge lo dixesse, que lo haria de buena voluntad. E el conde ge lo agradescio, e rogole que si hallasse vn christiano, que ge lo truxesse alli; e quanto hazia el conde, todo lo yua dezir el moro a la reyna Ansies. E cuando el moro fue con estas nueuas a la reyna, mando a vna donzella que fuesse a llamar vn peregrino e lo leuasse hasta la boca del silo. Y la donzella hizolo assi, e hallo luego vn peregrino que venia de Jerusalen, e la donzella le leuo hasta la boca del silo e dixole que hablasse con aquel christiano que dentro estaua. E luego el conde, desque le vio, preguntole que donde venia. Y el le dixo que uenia de Jerusalem. E preguntole el conde que quanto hauia hasta Pascua florida. Y el peregrino le dezia que hauia doze dias. E desque oyo el conde aquellas nueuas, dio vn grito que atrono todo el silo. E desque aquello oyo el peregrino e la donzella fueronse para la reyna, e contaronle de como daua tan grandes bozes. E desque la reyna esto oyo, fuesse para el silo con

cinco de sus donzellas, e llegose a la boca del silo, e oyo muy grandes bozes que daua el conde, diziendo assi: «Coraçon tan fuerte ¿por que no quiebras?» E diziendo esto no hauia persona que no ouiesse gran conpassion del, por las passiones que hazia; y la reyna le pidio de gracia que callasse, y el conde le respondio que le besaua las manos porque lo sacase de alli, e que su señoria lo mandasse matar; y la reyna, desque aquello oyo, ouo gran cuyta del, que no era cosa de pensar; y mando luego traer vna balança y echarongela dentro; y luego el conde se metio en ella, e guindaronlo arriba hasta dos braças de la boca del silo, e luego la reyna començo a departir con el conde, diziendole assi: Que por que hazia aquellas plagas tan grandes. Y el conde le respondio: «Por cierto, señora, mi mal y enojo que yo he, es que yo me hauia de ver en este torneo, e agora veome aqui preso». La reyna ouo muy gran cuyta del, e dio vn gran sospiro porque le veya atanto de gentil cuerpo y moço y hermoso, e penso en su coraçon que si fuera moro que lo tomara por enamorado. Empero, por la grande cuyta que del auia, le dixo assi: «Christiano, si vos me hiziessedes pleyto e omenaje de vos tornar del torneo en antes que el rey mi marido venga, yo vos sacare de ay». E dixo el conde: «¿Que monta esso, señora, que vos me saquedes de aqui, que no he armas ni cauallo?» Dixo la reyna: «Yo vos dare armas y cauallo, que yo tengo en mis palacios las armas que eran de mi padre el rey, que era tan alto como vos; y mientra que adereçays las armas, yo vos adereçare las sobrevistas». Y desque esto oyo el conde, dixo: «Señora, la vuestra merced qual pleyto vos quisieredes, tal lo hare». Y de alli se fue luego la reyna e mando traer vn peregrino que alli hauia venido, que el tomasse el pleyto omenaje segun que los christianos hazen. El conde hizola muy bien e complidamente de lo tener e guardar, y en aquella ora mando la reyna que lo sacassen de alli. E desque se vido fuera el conde, hechose a los pies de la reyna e fuegelos a besar. Y demandole por merced que su señoria lo librasse, por quanto se acortaua el tiempo, y la reyna mandole dar las armas, y armaronle los maestros, e vinieronle muy bien como si le tomaran la medida, atan buenas le venian. E luego la reyna mando buscar vn cauallo que fuesse todo blanco. En esto todo se passaron ocho dias; y desque la reyna lo vido armado caualiero, dixole: «Si vuestra ventura fuesse de cobrar vna espada que esta aqui en esta ciudad en vna mezquita mayor, esta espada tenia vn cauallero christiano que alli estaua enterrado, el qual ouo ganado toda esta tierra. E despues los reyes moros no la han podido cobrar, que assi como llegan a la tumba, caen en el suelo y les toma frio y calentura; por esta razon no osan llegar a la tumba, y pues vos soys christiano, lleguemos vos e yo, e plega a Dios que sea vuestra, ca es la mejor espada del mundo». E fueronse la reyna y el conde por la tumba, e hinco el conde las rodillas en tierra, diziendo assi: «¡O Señor! ruegote e pido por merced que tu me des esta espada, que yo te prometo de nunca ser couarde con ella, e desto yo te prometo e hago pleyto omenaje». E despues leuantose en pie e dixo a la reyna: «Vuestra señoria tome de aquel cabo e yo tomare deste, y con la ayuda de Dios alçaremos esta tunba». E la reyna no osaua llegar, por lo que hauia visto a los otros moros, que como llegauan assi cayan. E dixo al conde: «Tomad vos primero, e como vos hizieredes, assi hare yo». El conde echo mano del cobertor, e dixo a la reyna: «Tome vuestra merced desa otra parte». E desque el conde vido que assi se tenia e no caya, hizose mucho marauillado, y ella tanbien desque no cayo; e la reyna llego en son de escarnio, diziendo que por muchas vezes auia visto llegar muchos moros, nunca jamas pudieron alçar la cobertura con ingenio, ni con otra cosa alguna con que se pudiese alçar, e que ellos dos no la leuarian; e desque pusieron manos en ella, leuantaronla como si fuera vna tabla, e pusieronla en tierra. El conde llego al cauallero que estaua en la tunba, e besole la mano e pidiole por merced que le diesse aquella espada. El conde tomola de la mano del cauallero e pusosela so el sobaco, y entranbos tornaron a poner la tumba. E dixo la reyna al conde: «Cierto es, cauallero, que si aqui estouiera mi señor el rey, no leuaredes el espada de aqui». E desque esto oyo el conde, dixo: «Señora, pido por merced a vuestra señoria no me contrarie mi buena ventura, asi vuestra merced plaze». E salieron de la mezquita.

XLI. — *Como el conde, armado de todas armas, yua caualgando para el torneo, e hallo en camino a vn cauallero moro, el qual tomo por conpañero.*

Luego hizo adereçar su cauallo y sus armas, e caualgo e no curo de almorzar, por miedo que no le tomase la reyna el espada; y el plazo era corto para yr al torneo, que no hauia mas de quatro dias dende a la Pascua florida. E anduuo tres dias que no comio sino yeruas, porque hallaua algun poblado,

ni leuaua dineros, pero el cauallo mejor lo passaua, que comia buenas yeruas e beuia buenas aguas; e a cabo de los tres dias que assi anduuo perdido, yendo a ojo de las sierras de Constantinopla, hallo vn camino muy angosto, e alço las manos a Dios porque auia hallado camino por donde fuesse, e tanta era la hanbre que lleuaua, que no podia lleuar el yelmo en la cabeça e leuaualo en el arçon delantero de la silla, e yuase de pechos encima del. E yendo assi, vio venir vn cauallero por vn camino real, e aquel cauallero leuaua consigo tres pajes e dos azemilas, en la vna leuaua su tienda y en la otra leuaua mantenimiento para el torneo. Y este cauallero era moro e hauia nonbre Gaudin el Rubio. E como lo vido el moro, aguijo con su cauallo quanto mas pudo, e de manera que se encontraron ambos a dos, e saludaronse. E Gaudin pregunto al conde si era moro o christiano, y el conde le dixo que era christiano; e preguntole Gaudin que como auia nonbre, y el le respondio que no ge lo diria, que auia recelo que lo descubriria. E Gaudin le dixo que si alguno le auia hecho algun mal, que el lo vengaria. El conde le respondio que raez era su pesar de vengar, que supiesse cierto que venia al torneo e que auia nonbre Partinuples. E desque aquello oyo Gaudin, dixo: «Esse es cierto amigo; pues yo quiero ser vuestro conpañero, por quanto yo he oydo de vos muchas buenas cosas». Alli dixo el conde: «¿Como sere yo vuestro conpañero, que no lleuo mas desto que veys, ni dinero para despensa?» E Gaudin le dixo que harto leuaua para si e para el. Y el conde le dixo que auia tres dias que era partido de la ciudad de Damasco, que en todos aquellos tres dias no auia comido ninguna cosa sino de las yeruas del campo e beuido agua. Desque esto oyo Gaudin, embio apriessa vn paje que hiziesse detener las azemilas. Y el paje fue muy presto e hizola detener. E Gaudin y el conde llegaron hasta ellos e hizo sacar muchos ansarones en cecina que lleuaua para el torneo, y mucho pan y vino. E diole atan bien de comer, hasta que fue bien harto. E desque ouieron comido, rogo Gaudin al conde que le dixesse si era sobrino del rey de Francia, porque auia otro que llamauan Partinuples. El le respondio que ge lo diria si no lo descubriesse hasta que el ge lo mandasse. E Gaudin le dixo que le plazia. E luego le tomo juramento en su ley de lo assi m antener. El conde le dixo: «Yo soy Partinuples, el que vos dezides». E desque le oyo Gaudin, ouo muy gran plazer, e dixo entre su coraçon que se hallaua el mas bien auenturado que honbre del mundo en ser su conpañero. E fuesse para el conde e besolo en la cabeça, e dixo: «Por cierto, señor, el coraçon me da que auedes de ser buen cauallero». Y assi se fueron ambos a dos hazia vna sierra que era cerca del castillo de Cabeçadoyre, e alli pusieron su tienda e holgaronse essa noche; e otro dia de mañana, desque fue el dia, embio Gaudin [1] dos pajes a la ciudad de Cabeçadoyre por viandas, las mejores que hallassen, para su conpañero e para el; y tan alegre estaua con el, como si tuuiera el mundo todo consigo. E desque el conde se leuanto hizo dar aguamanos, y almorçaron de aquellos ansarones en cecina, que desto leuaua Gaudin para su comer, que era moço. E assi holgaron el conde e su conpañero. Y otro dia lunes de mañana, rogo el conde a Gaudin que enbiasse vn paje al alua que fuesse a ver como se ordenaua el torneo, y el paje caualgo y fuesse para el castillo, y vido estar siete sillas en vn cadahalso de madera muy alto, que parescia vn castillo. El paje pregunto que para que hazian aquello alli. Y los que lo hazian dixeron que aquel era para la emperatriz y para su hermana y para las donzellas, las siete sillas para los siete reyes del imperio, que hauian de juzgar el mejor cauallero que fuesse en el torneo; que por esso lo hazian assi. De alli boluio el paje para la tienda, e conto las nueuas a los caualleros de lo que auia visto.

XLII.—*Como el conde e su compañero Gaudin se armaron para entrar en el torneo.*

Dixo Gaudin al conde: «Vamos en los primeros, porque los primeros y los postreros son mas mirados». E el conde le dixo que le plazia de muy buen grado. Y luego armo Gaudin al conde, y los pajes armaron a Gaudin, e caualgaron en sus cauallos ambos a dos. Y estando en esto, oyeron tañer trompetas e atabales que no era cosa de dezir. Y entonces la señora emperatriz salia de la ciudad para yr al cadahalso con sus siete reyes; e leuauanla de braços los dos reyes sus tutores, y subieronla en el cadahalso e a su hermana con ella, y a sus donzellas. Y desque fueron sobidas, fueronse los reyes assentar en sus sillas, que eran cerca del cadahalso de la emperatriz. Y luego los reyes mandaron pregonar en esta manera: Que todas las gentes del mundo, assi christianos como moros, que quisiessen tornear, que torneassen y que anduuiessen saluos y seguros. Y que no les fuessen demandados reutos ni muertes, ni otras cosas ningunas, aunque matassen o

[1] El texto: «Guadin».

feriessen; y el mejor cauallero que fuesse en el torneo, a quien quedasse el campo, que fuesse emperador. E despues de hecho el pregon, assomaua el conde e Gaudin por encima de vna cabeça. E desque fueron llegados, ellos fueron los primeros; mirolos el rey Corsol. Y miraua mucho al conde como venia en su cauallo, e armado todo en blanco de hoja de plata. E dixo el rey Corsol: «Por buena fe, este cauallero que trae las armas blancas, muy a punto viene; e, por cierto, yo parare mientes como se hara en el torneo». Dixo el rey Clausa: «Yo creo que en el mundo no ay mejor cauallero que el soldan de Persia». Dixo el rey Corsol: «No lo se; ca muy buenos caualleros ay en el mundo que vernan al torneo. Y a la postre lo veremos en el cabo del torneo». Esto dezia el rey Corsol, porque era de su vanda del conde, de aficion que con el tomo en lo ver que era vno de los tutores; y en esto el rey Clausa hizo al soldan que estuuiesse debaxo del cadahalso de la emperatriz, porque entendia que no hauia mejor ni tan poderoso cauallero en el torneo. Y que el hauia de leuar lo mejor.

XLIII.—*Como el conde yua por el campo mirando por los vnos y por los otros, y como començaron de tornear cada vno por mas y mejor hazer.*

Boluamos al conde, que andaua por el campo mirando como hauia de tornear, preguntando quales eran los vnos e quales los otros; e supo a do estaua el rey de Francia, el qual estaua en vnos arenales, y començolo a maldezir por tanto mal como le hauia hecho, e no lo quiso yr a ver del enojo del, e pregunto a vnos franceses por el bueno del rey de Francia. E dixeron que ya era muerto por cierto, e que otro rey tenia que era su hijo. Alli dixo el conde: «Esse rey primo». Y despues desto boluiose al canpo e pregunto a vn cauallero que quanto hauia de durar el torneo. Y el le dixo: «Hasta tres dias». Y preguntole mas: Que quien era aquel cauallero que astaua debaxo el cadahalso de la señora emperatriz. Respondio el cauallero: «Aquel es el soldan de Persia». Dixo el conde: «En buena fe, si yo puedo, ¡en mal punto hizo alli la su morada!» E luego tomo su lança. E fuesse a poner de frente del soldan; e desque lo vido el soldan, dixo assi a los caualleros que con el estauan: «Ved aquel cauallero, como esta tan armado e orgulloso esperando justa; yo quiero yr a el». Y luego los reyes moros armaron al soldan muy bien, e subio en su cauallo e parose a la puerta del cadahalso. E violo Gaudin el Rubio. Y fue al conde su conpañero: «Paresceme, señor, que se apareje para la justa el soldan». Dixo el conde: «Esso es lo que yo espero». E dixo Gaudin: «Hermano, señor, no es cordura tornear con tan gran poder, que si el soldan mal lo passa, los otros reyes ayudarle han». Respondio el conde: «Si Dios me quiere ayudar, no he menester otra ayuda sino la de Dios». Y luego se aparto el soldan y el conde, e fuesse el vno para el otro quanto los cauallos los podian leuar, e dieronse tan grandes golpes, que las lanças bolaron en pieças, e los caualleros eran tan buenos, que no se acostaron en las sillas; e luego hecharon mano a las espadas, e dieronse tan grandes golpes, que las centellas de los yelmos hazian salir, e tan gran priessa le daua el conde, que el braço no le dexaua alçar. E dixo el rey Corsol al rey Clausa: «Mira, señor, lo que el mi cauallero de las armas blancas ha hecho e haze». Tanto duro el conde con el soldan, que el soldan no lo pudo ferir, e boluio las riendas al cauallo y hecho a huyr hazia su posada. Y el conde heriendo en el, hasta que lo metio por las puertas de su posada ante sus caualleros; e dixo el rey Corsol: «¿Vedes que bien lo ha hecho el mi cauallero de las armas blancas?» Respondio el rey Clausa: «Oy es el primero dia e cansara, que buen cauallero es el soldan». E dixo el rey Corsol: «Cierto es que [si] assi lo haze el postrere dia como oy, yo lo dare por el mejor cauallero de todo el mundo». Ellos estando en estas razones, salieron al conde hasta mil de cauallo de los del soldan, y cercaronlo e començaronlo a herir tan fuertemente, que el rey Corsol hauia gran cuyta del, mas el cauallero era tan bueno, que al que alcançaua con la espada le hazia caer del cauallo, e lo hostigaua de tal guisa, que no auia voluntad de boluer a el. E Gaudin, desque lo vido andar en tan gran priessa, puso el yelmo en la cabeça e tomo su lança en la mano, e fuesse quanto el cauallo lo pudo leuar, e dio por medio de los moros, e conbatio con ellos hasta que saco a su compañero dentro ellos, e salieronse que ninguno osaua andar em pos dellos. Y estandose descansando el cauallero blanco, demandaua vna lança y estaua esperando justa a quien quisiesse. Entonces dixo el rey Corsol a grandes bozes: «Mirad, señores, que cauallero tan rezio, que agora escapo de tan gran fortuna e ya esta esperando justa. Bien podeys dezir que si veynte o treynta caualleros podieran soffrir tan gran trabajo, que no fueran muertos o vencidos, y el esta que paresce vn leon brauo». Y ellos estando en estas razones, vido el cauallero de las armas blancas como torneaua en el campo, e leua-

uan los aragoneses e los cecilianos a los españoles por vna cuesta arriba, e pregunto el conde a vn paje que quien eran aquellos que tanto mal passauan. Respondiole: «Señor, aquellos son los españoles». Alli dixo el conde a Gaudin: «Hermano, vamos ayudarles, ca muy buenos me fueron e leales quando fue conquistado el reyno de Francia». E Gaudin le dixo que le plazia de muy buen grado. Y el conde sabia el apellido de España E dixole que dixesse: «Santiago», porque los aragoneses se pensassen que eran españoles. E dieron de las espuelas a los cauallos; e fueron a herir en los aragoneses y en los cecilianos tan fuertemente, e nombrando todos: «¡Santiago, Santiago!» E desque vieron los españoles que aquellos dos caualleros les ayudauan, ouieron tan gran plazer, que ellos lo hizieron tam bien que era marauilla. E mucho mejor lo hazia el cauallero de las armas blancas, de tal guisa que ouieron de tornar los españoles sobre si e dar en los aragoneses e cecilianos, con el ayuda de los dos caualleros, de guisa que los metieron a huyr. E desque esto fue hecho, vino el capitan de los españoles e fue al cauallero de las armas blancas, y diole muchas gracias por tanto bien e tanta ayuda como les hauia hecho. E rogole que le dixesse su nombre. El conde hablo en lenguaje que no le pudo entender, segun que lo hauia aprehendido en Damasco, quando fue catiuo. E Gaudin le dixo que no curasse de saber su nonbre, ni donde era, que su voluntad era de no ge lo dezir. Luego el capitán le dixo: «Seguro sed, señor, que en lo que yo pudiere, vos ayudare, agora sepa vuestro nombre o no». E todo esto bien lo miraua el rey Corsol; quando lo via andar en aquellas batallas, todo lo dezia a los otros reyes que ay estauan: «¡Catad el cauallero de las armas blancas, quan bien lo haze!» Respondio el rey Clausa que buen cauallero era el soldan de Persia a gran marauilla. E luego se partieron el conde e su compañero del capitan de los españoles, e fueronse por el campo adelante. Y el cauallero de las armas blancas se fue a parar de frente del cadahalso, de que gran pesar hauia el soldan. E desque lo vido Gaudin, dixo: «Hermano, vamos adelante. ¿A que diablo, señor, vos parays ay? ¿No vistes en la priessa que nos vimos oy de mañana?» El conde le dixo que le pluguiesse de lo dexar alli, que quando alli se paraua, le parescia que era tan fuerte como vna torre, e le parescia que no hauia hecho ninguna cosa ni sentia pena alguna. E dichas aquestas palabras, tomo vna lança de vn paje e fuese en frente del cadahalso. E desque assi lo vieron los reyes, marauillaronse mucho. E desque el soldan lo vido, demando sus armas. E desque fue armado, caualgo en su cauallo e salio fuera del cadahalso. E desque lo vido Gaudin, dixo a su compañero: «Enorabuena vos parastes ay, que ya se adereça para justar el soldan. Cierto, mas valiera que nos fueramos adelante; recelo tengo grande que nos hauemos de ver en priessa como oy». Ellos en esto estando, salio el soldan encima de su cauallo muy bien adereçado, que parescia vn timno. El soldan tenia hecha habla con los caualleros, que si el derribasse al cauallero de las armas blancas, que saliessen sus caualleros e lo matassen, por la grande deshonrra que le hauia hecho por la mañana quando lo encerro entre sus caualleros. E assi se guisaron ambos a dos; e luego el conde y el soldan hizieron señas de venirse el vno al otro, e dexaronse venir tan rezios el vno contra el otro, quanto la fuerça de los cauallos los pudieron leuar. E Gaudin pusose luego su yelmo, diziendo assi: que a mal auia de venir aquella conseja, por quanto auia de la otra parte muchos caualleros para ayudar al soldan. E que su conpañero no tenia sino a el. Y en esto dieronse tan rezios golpes, quel soldan amordescio e cayo del cauallo en tierra, e desque fue en tierra el soldan, yuasele el cauallo. Y dio em pos del el conde del cauallo, e traxolo a do estaua el soldan e ayudole a caualgar. Assi peso mucho a Gaudin, porque veya que se adereçauan los caualleros del soldan para venir contra el conde muy apriessa. Y luego Gaudin dio de las espuelas a su cauallo e fuesse tan rezio quanto la fuerça del cauallo lo pudo leuar. Y quando el llego, no era subido el conde en su cauallo, por quanto auia ayudado a caualgar al soldan, que començauan a dar los moros en el conde; e luego Gaudin entro entre los moros muy ariscadamente, e matando e heriendo en ellos. E mientra esso fue, e caualgo el conde en su cauallo, y el soldan ouo tan gran pesar, que con el espada fue a herir en los suyos, diziendoles: Que pues el cauallero lo hauia hecho bien, que no merescia hauer mal. Y el conde e su conpañero se boluieron para el lugar donde hauian partido para yr al torneo. El conde tomo otra lança en la mano, e luego fue a esperar justa; e miro el rey Corsol e dixo a los otros reyes e duques e caualleros: «Mirad que bien lo ha hecho aquel cauallero de las armas blancas, que agora escapa de la justa, e fue golpeado como vistes; ya esta esperando justa, que avn no esta cansado, e avn de mas de todo esto, hizo tan notable cortesia, derribar a su contrario e traelle el cauallo e ayudalle a caualgar». Y dixo el rey Clausa: «Sea, que tres

dias ha de tornear, que avn oy es el primero dia, e mañana sera cansado, que no se podra leuantar, y el soldan es muy rezio e poderoso, que bien lo podra soportar». Y ellos estando en estas razones, tañeron luego a visperas. Y el rey Corsol y el rey Clausa mandaron tañer las tronpetas e menestriles que ya era ora de dexar el torneo, que assi era puesto por los reyes, que aquel tiempo dexassen de tornear. E luego los soldanes, reyes, e duques, e condes, e otros caualleros se fueron para sus tiendas, y el soldan de Persia se estuuo quedo debaxo del cadahalso. Y el cauallero de las armas blancas mirando muy bien. E dixo Gaudin al conde: «Ved como se van los otros caualleros y vos (¹) estades quedo». E dixo el conde: «¿Que se haze a vos?» Y Gaudin le dixo: «Señor, si assi hazedes el segundo dia y el tercero como el primero, yo vos doy por mejor cauallero del torneo. Hasta aqui vos he llamado conpañero; de aqui adelante vos quiero llamar señor». Y en esto no auia ninguna gente, y ellos todavia estauanse quedos. Desque vieron que assi estaua el canpo que persona no hauia, boluieron las riendas a los cauallos e fueronse con sus pajes; e si hermosas continencias traxeron, tan hermosas las leuauan. Y el rey Corsol dixo a los otros reyes: «¿Vedes que continencia leuauan aquellos dos caualleros, que ellos fueron los primeros e son los postrimeros?» Dixeron los cinco reyes que lo hauia hecho bien aquel cauallero de las armas blancas. Respondio el rey Clausa: «Por cierto, mejor lo ha hecho el soldan de Persia con el soldan de Babilonia, que dos vezes lo ha derribado». E dixo el rey Corsol: «Vna por vno, no lo he visto yo mas rezio que el cauallero de las armas blancas». E luego tomaron a la emperatriz por los braços e leuaronla a la ciudad con muchas trompetas e muchos atabales, que parescia que el cielo se venia abaxo.

XLIV. — *Como acabado el torneo del primero dia, el conde e su compañero Gaudin se fueron para sus tiendas, e como se hizo el torneo del segundo dia.*

Boluamos al conde Partinuples e a Gaudin su compañero, que se fueron para sus tiendas. E hallaron las mesas puestas e bien aguisado de comer, que bien trabajados estauan e bien menester lo hauian; e como fueron llegados a la tienda, descaualgaron e quitaronles espuelas, e desarmaronlos, e luego los traxeron agua a manos, e asentaronse a cenar, e como el conde comia, assi se dormia, pero no era marauilla, que tanto trabajo hauian passado en esse dia. E Gaudin, como veya que se dormia, deziale: «Señor, recordad e comed, despues dormiredes, que si bien no comedes, no tornearedes». E desque houieron comido, dixo Gaudin al conde: «Leuandadvos dende, señor, e vamos a dormir, e seamos mañana, Dios queriendo, los primeros». Dixo el conde Partinuples que le plazia, y hizieron pensar muy bien los cauallos, que bien hauian peleado, e otro dia, a la hora del alua, leuantosse Gaudin e dexo dormiendo al conde, e fuesse para su compaña e despertolos a todos calladamente, e hizo traer de almorzar muy prestamente, e desque fue guissado, hizo poner las mesas, e fuesse para el conde y hechole la mano a las piernas, e començole de llamar: «Señor, leuantadvos, que es tarde, que quien bien comiença, buena fin ha de dar». El conde estaua tan trabajado que no podia recordar, e Gaudin le hazia tales juegos, hasta que lo hizo recordar, e dieronle sus vestidos e vistiose; e dieronle las armas e fue luego armado. E los pajes armaron a Gaudin. E despues que fueron armados, fueronse a almorzar, e desque ouieron almorzado, los cauallos estauan ya prestos y luego caualgaron e tomaron sus lanças, e luego el conde se puso el yelmo, porque yendo o veniendo no lo conosciesse ninguna persona. E Gaudin mando a su gente que no dixessen quien era, que assi les era mandado, e Gaudin yuase sin yelmo, que nunca lo leuaua puesto en la cabeça sino quando era menester, e todos los otros caualleros no tenian puestos los yelmos sino quando era menester. E todos los otros caualleros al conde, porque siempre lo traya puesto, le llamauan el cauallero rezio (porque no supiessen quien era lo hazia el conde). E assi ellos andando su camino, oyeron tañer trompetas, por quanto sacauan a la emperatriz de la ciudad e la leuauan al cadahalso, e los primeros que parescieron en el canpo eran estos dos caualleros. E desque fue llegada la emperatriz e su hermana con los siete reyes e subidos en el cadahalso, e luego el rey Corsol miro quando hauia de venir el cauallero de las armas blancas, e desque lo vido venir, dixo a los otros reyes: «Mirad, hermanos, que buen donayre trahe aquel cauallero de las armas blancas, que paresce que ayer no hizo ninguna cosa, y el es primero del torneo». Y el conde anduuo por el torneo, e le dixo Gaudin: «Señor, vamos adelante, que alla hallaremos con quien justar mas a nuestro plazer, que ayer lo ouimos con gran trabajo». Dixo el conde: «Esperemos vn poco, que quiero mirar a la señora emperatriz e a su hermana, e a los

(¹) El texto: «dos».

reyes e donzellas que con ellos estan en el cadahalso». Y esto hazia el conde porque saliesse el soldan de Persia, por quanto lo auia por enemigo mortal, por hauer tomado aquel lugar debaxo del cadahalso por posada. Y estando Gaudin y el conde en estas razones, vieron assomar encima de la puerta del cadahalso vna lança con vn pendon broslado muy ricamente. Y el soldan lo hizo poner en la lança, por justar con el cauallero de las armas blancas. E desque Gaudin vido que se adereçaua el soldan para la justa, dixo al conde: «Señor, vamos de aqui, que el soldan se adereça para la justa». Dixo el conde: «Hermano, dexadme ver quien es aquel cauallero que trae el pendon broslado». Y el no hazia esto sino por estar embuelto con el soldan, ca mucho gana lo hauia, que lo tenia sobre ojos. E fuesse el conde passo ante passo por el campo adelante. E desque vio el soldan que assi se venia el cauallero de las armas blancas, demando a muy gran priessa que le enlazassen el yelmo, ca le era muy gran vergüença de estar encerrado, viniendolo a buscar otro cauallero, e luego le pusieron el yelmo al soldan. Y desque esto vido Gaudin, tomo el yelmo que traya en el arzon de la silla, pusolo en la cabeça. E dixo a vn paje que ge lo enlazasse, que menester le hazia de aparejarse; «ca si el soldan mal lo passa, menester ha ayuda mi señor el conde», y avn en este tiempo ninguno de los otros caualleros no eran leuantados de sus camas, e por esso los dauan por buenos caualleros, porque eran primeros e postrimeros. E desque vido el soldan que assi le estaua esperando, tomo su lança en la mano, e tenia mas de quinientos caualleros cabe si, que no parescia otro sino el capitan de los españoles. E desque esto vido el conde que assi estaua el soldan apercebido, estaua el capitan en el campo como dicho hauemos. E desque vido que assi estaua el soldan, mando el capitan armar a todos sus caualleros, e dixoles assi: «Vamos a ayudar e ver justa del mejor cauallero del mundo, que ya vedes que quieren justar el conde y el soldan, e si es menester ouiere ayuda, sed con Gaudin el Ruuio su compañero». Y ellos dixeron que les plazia de buen grado. Y ellos estando, vieron venir los caualleros el vno al otro quanto la fuerça de los cauallos los podia lleuar, e dieronse tan grandes golpes, e dio el conde al soldan vn golpe por medio de la targia, que lo leuanto de la silla e lo hecho en las ancas del cauallo, e passo por deyuso del braço del conde Partinuples la lança del soldan; y el conde tiro della e tomo la del soldan con el pendon broslado, e passo adelante con gran gozo, que fue por marauilla. E de aquello houieron muy gran gozo los españoles, mucho mas el rey Corsol, que lo amaua e queria en su coraçon. E como tomo el conde la lança del pendon, fuesse derecho para el cadahalso do era la emperatriz, e dixo assi: «Señora, tomad esta lança en amor de caridad, que en mal punto vi vuestros amores». E la emperatriz tomo la lança e subiola arriba, e miraronla todas las gentes, porque la hauia tomado; y ella, en que vido que assi la mirauan, ouo tan grande vergüença, que si no le fuera mal contado, ella hechara la lança del cadahalso. E como vieron Gaudin e los otros caualleros que assi hauia dado el conde la lança a la emperatriz, contarongelo a mal, porque si otra gente viniera contra el, se pudiera defender con ella. Y estando en estas razones, salieron de las tiendas del soldan hasta quinientos de cauallo, e començaron de yr em pos del conde. E quando vido Gaudin, dixo al capitan de los españoles: «¡Vamos ayudar al buen cauallero!». E los españoles eran hasta treszientos de cauallo, e los moros eran quinientos de cauallo. Y el conde se defendio atan bien, que por marauilla era, que el que vna vez tomaua ante si, no hauia voluntad de boluer a el. Y en esto llegaron Gaudin e los españoles, e començaron de dar en los moros, que no era cosa de pensar, que el rey Corsol hauia plazer, e miraua al conde como andaua entre los moros matando e hiriendo de tal manera, que los metieron por el cadahalso. Desto todo auia gran plazer el rey Corsol, porque tan bien lo auia hecho el cauallero de las armas blancas, e todavia dezia este rey que bien lo hazia. E fueronse el conde e Gaudin e los españoles para el lugar de donde hauian partido, e los españoles se despidieron del conde e Gaudin, y encomendaronse a Dios. Y ellos estando en estas palabras, dixo Vrracla a la emperatriz: «Señora, quierome apartar alli, e perdonadme, que me siento mal». E la emperatriz le dixo que fuesse en hora buena, e que no tardasse alla. E Vrracla tomo a Persia su donzella consigo, e fueronse ambas a dos para vn canto del cadahalso. E dixo Vrracla a Persia: «¿No parastes mientes en lo que dixo aquel cauallero a mi hermana quando le dio la lança con el pendon broslado?» Respondio Persia: «Vi esso que dize vuestra merced, mas no pare mientes a las palabras». E Vrracla dixo: «Yo las oy muy bien. El coraçon me da que es el conde Partinuples, mi amado y mi señor hermano». Dixo entonces Persia: «¡Quisiesselo Dios que fuesse el!» E la emperatriz boluio el rostro hazia la hermana, e vido como lloraua, e dixo a los reyes: «Señores,

perdonadme, que se siente mal mi hermana; quierola yr a ver». E dixeron los reyes que fuesse su señoria. Y ella se fue hasta donde estaua su hermana. Vrracla se leuanto a la emperatriz, e la emperatriz pregunto a su hermana que como estaua assi llorando. E Vrracla le respondio que si no perdonaua, que no ge lo diria. Y la emperatriz le dixo: «¿Como en tal tiempo como vedes me aueys de dezir estas cosas, que yo no siento pesar que en el mundo me ouiessedes hecho, que en este negocio no vos fuesse perdonado?» E desque esto oyo Vrracla, dixo: «Cierto es, señora, que yo e Persia mi donzella touimos al conde en nuestro poder, e vos lo armastes cauallero en la noche que armastes los cien caualleros noueles. ¿Acuerdasevos quando preguntastes que hauia aquel cauallero que assi se amortescia, e vos dixe yo, señora, que no era marauilla, que eran moços e no eran vsados a las armas, que por esto estauan adormecidos e por esso se cayan en tierra?» Alli dixo la emperatriz: «Cierto es, que bien se me mienbra». E dixo Vrracla: «Pues, señora, sepa que aquel era el conde Partinuples». E contole todo el hecho como hauia passado, e como lo hauia hallado en las sierras de Ardeña, e como andaua en manera de alimaña; e como oyo aquello la señora emperatriz, cayo amortescida, e las donzellas houieron muy gran vergüença, pensando que los reyes mirauan hazia aquel logar do estaua su merced. E quando la emperatriz ouo tornado en si, fuesse para su hermana Vrracla, e començola abraçar e besar, llorando de sus ojos, diziendo assi: «Hermana señora, ¿por que no me lo dixistes cuando lo arme cauallero?» Dixo entonces Vrracla: «Cierto es, señora, que houiera grande qüestion entre los reyes e caualleros de todo el mundo, ca vos penarades e padescierades gran vergüença, mas no houierades otro trabajo sino aquel; lo otro vos haze penar, porque el anduuo assi por vos perdido en las sierras de Ardeña». Luego la emperatriz tomo a su hermana con la mano, e dixole: «Hermana, pluguiesse a Dios que aquel cauallero de las armas blancas fuesse el, que amo mucho, e no menos el rey Corsol». Muy gran plazer hauia la emperatriz porque tenia de su bando al rey Corsol. Ella estando asi mirando donde veria al cauallero de las armas blancas, vidolo estar con su conpañero Gaudin el Ruuio. E dixo la señora emperatriz a su hermana que preguntasse al rey Corsol que quien era aquel cauallero que estaua cabe el cauallero de las armas blancas. Y el rey Corsol respondio que Gaudin auia nombre, e que era moro, mas que el otro cauallero no sabia como se llamaua, ni sabia si era moro ni christiano, ni de que reyno se era, saluo que no lo conoscia sino por *el cauallero de las armas blancas*, que muchas vezes auia embiado a saber su nonbre, e todavia ge lo negauan, mas que, si Dios le daua salud, que mucho haria otro dia por saberlo. E torno Vrracla con la respuesta a la emperatriz, y ella miraua todauia al cauallero de las armas blancas, que no lo miraua de mal ojo. E mientra ellas estauan en esto, todos los caualleros quantos ayuntados estauan, no hazian sino tornear. Y ellos assi estando, tañeron a visperas. Luego el rey Corsol y el rey Clausa mandaron tocar tronpetas e atabales, e luego cessaron el torneo. Todos se fueron para sus posadas a descansar, que bien les hazia menester, e no queria partirse del canpo el conde Partinuples hasta que todos los del canpo fuesen ydos, e quando vieron que persona ninguna no quedaua en el dicho canpo, boluieron las riendas a los cauallos e començaronse a yr para sus tiendas, e tan hermosamente se yuan como se venian. El rey Corsol siempre los miraua como se yuan tan hermosos, e dixo a los otros reyes: «¿Vedes que passear es de aquel cauallero de las armas blancas?» Respondieron los otros reyes: «Sed seguro que se puede llamar el mejor cauallero de todo el mundo». Dixo el rey Clausa: «¡Buen cauallero es el soldan de Persia!» E ay tocaron las tronpetas y leuaron a la emperatriz a su palacio.

XLV.— *Como, acabado el torneo del segundo dia, cada vno se fue para su posada hasta la mañana; e como se hizo el torneo del tercero dia.*

Boluamos al conde e a su conpañero Gaudin, de como Gaudin besaua las manos al conde e lo llamaua señor; e hizo Gaudin assentar a la tabla al conde, y lo seruia con muy grande alegria, que por marauilla era, que Gaudin entendia que tenia por compañero al mejor cauallero de todo el mundo. E despues que ouieron cenado, fueronse acostar, e Gaudin dezia al conde: «Señor, buen cauallero soys; pues que los dos dias lo hauedes hecho bien, el tercero no vaya en çaga», porque seria aquel dia determinacion del torneo. Boluamos al rey Herman, que el estaua en la tienda del soldan, y le pedia por merced que en la mañana que lo dexasse yr a justar con el cauallero de las armas blancas. Y respondio el soldan que si entendia de hazer lo que le plazia de muy buen grado, mas que parasse mientes que el cauallero de las armas blancas entendia que era vno de los buenos caualleros del mundo. Respondio

el rey Herman: «Por cierto, señor, yo lo he a tan gran pesar de vuestra deshonra, que no es cosa de pensar; o yo morire, o yo vos vengare». Alli dixo el soldan: «¡Hazed como Ala e Mahoma vos ayudare!» Y otro dia en la mañana leuantose Gaudin a la ora de los maytines; llamo a su conpañero y mando aguisar de almorzar; e quando fue el alua, las mesas fueron puestas, e Gaudin llamo a su señor el conde, que estaua durmiendo, e començole de llamar a grandes bozes de manera que no lo podia meter en acuerdo. Y esto no era marauilla, segun el trabajo que hauia passado. E desque vido que no recordaua, e trauole de las piernas e de los braços e començolo de llamar hasta que lo metio en acuerdo; e luego le dieron sus vestidos e aguamanos. Y vestieronle sus armas, e desque fue armado, assentaronse a almorzar. E despues que houieron almorzado, caualgaron en sus cauallos y tomaron las lanças en las manos. Y consigo sus pajes. E Gaudin puso luego al conde el yelmo en la cabeça. Y enlazogelo muy bien, e fueronse por el otero arriba; yendose assi, oyeron tocar las trompetas. Y entonces sacauan a la emperatriz de la ciudad. Y leuauanla al miradero del cadahalso. Y el rey Corsol miraua hazia donde solia mirar, a ver si viera assomar, e vido venir al buen cauallero de las armas blancas e a su conpañero con los mas lindos continentes, que no podia ser mas. Dixo el rey Corsol: «Mira, señor, qual viene el noble cauallero de las armas blancas». E los otros caualleros avn no se leuantauan. Y el conde ya venia buscar justa, e veyendo por el campo adelante, parose de cara del cadahalso. E le dixo Gaudin: «Señor, vamos adelante y alli hallaremos justa assaz». El conde le respondio: «Hermano, esperemos aqui vn poco, e miraremos como salen al torneo». Ellos estando en estas palabras, el rey Herman estauasse armando para la justa, e vidolo Gaudin, e dixo al conde: «Catad, señor, como se aguisa vn cauallero a las puertas del cadahalso do esta el soldan». E dixo el conde: «Por cierto, yo quiero yr a ver quien es aquel cauallero». E puso su lança en el ristre e fue quanto la fuerça del cauallo lo pudo leuar. Esto hazia el conde por el gran argullo que tenia en su coraçon, porque era el tercero dia e cuydaua que no hauia hecho ninguna cosa y que el soldan leuaua el mejor. Y el rey Herman, desque lo vio, saliolo a recebir muy bien aguisado, su lança en el riste. E fueronse a dar tan grandes golpes, que las lanças bolaron en pieças, de tal guisa que el cauallero de las armas blancas dio al rey Herman por medio de la tragia que dio con el en tierra y cayo de cabeça, de guisa que estuuo adormecido a las puertas del cadahalso do estaua el soldan. E tomo el conde el cauallo del rey Hernan y leuolo a Gaudin su compañero. Entonces dixo el rey Corsol a los otros reyes: «¿Vedes que bien lo ha hecho el cauallero de las armas blancas?» Alli dixeron los otros reyes: «Cierto es, señor, que de los mejores caualleros es el». Dixo el rey Corsol a vn su donzel que fuesse a saber quien era aquel cauallero. Luego el donzel fue a saber lo que el rey Corsol le mandaua. Dieronle por respuesta que el no era moro, saluo christiano, que era del reyno de Francia. Desque oyo la emperatriz, e Vrracla su hermana, e Persia la donzella, lo que el donzel dixera, començaron de llorar, diziendo assi: «Amigo mio de mi coraçon, ¡si fuesses tu aquel que en mi poder tuue, con quien yo me deleytaua en el tiempo passado!» Y entonces rogaron a Dios, la emperatriz e su hermana, que Dios lo guardasse. Ellas estando en esto, andaua tan rezio el torneo, que por marauilla era, entre los alimaneses e los franceses. Los alimaneses eran muchos e los franceses pocos, y el rey de Francia era moço e no era vsado de batalla, e los alimaneses leuauan a los franceses por vnos arenales adelante. Y el conde, desque lo vido, e oyo las vozes que dauan los franceses, dixo el conde a Gaudin su compañero: «Hermano, vamos ayudar a los franceses, que el rey de Francia es mi primo, magüer que mal lo quiero. El coraçon me quiere quebrar en que veo que lo passan mal». E Gaudin le dixo que le plazia de grado. E luego Gaudin se puso su yelmo, y enlazarongelo muy bien, e fuesse para alla. Y el conde dixo a Gaudin: «Quando llegamos a la batalla, diredes este apellido, que es de Francia: «San Luys», e conosceran los franceses que somos en su ayuda». Y el hizolo assi. Gran plazer ouo Gaudin en que supo que era el conde de linaje de reyes, que por marauilla era; e desque fueron llegados, fueron herir en los alimaneses diziendo aquel apellido, y ellos ouieron gran esfuerço. E los alimaneses gran desmayo, que bien veyan que el cauallero de las armas blancas que era el mejor cauallero del mundo. E asi dieron los franceses sobre los alimaneses, que a qualquier que el conde alcançaua le hazia caer del cauallo. En tal mauera que los franceses los metieron por vn rio adelante, de guisa que entre muertos e ahogados hallaron hasta dozientos dellos. Y los franceses boluieron con el cauallero de las armas blancas, dandole muchas gracias, e rogauale el rey de Francia que le dixesse su nombre o quien era. Y el

conde le respondio en griego, porque no lo conosciesse. E Gaudin dixo al rey que su señoria no curasse de saber su nonbre, que no se lo diria por agora hasta que los torneos fuessen hechos; e assi se despidieron, y los franceses fueron para sus tiendas. Y el conde e Gaudin quedaronse en el campo en el lugar do solian estar, de cara el cadahalso. E dixo Gaudin al conde: «Señor, vamos de aqui e no busquemos mas reqüesta, que tan trabajado esto, que mas querria holgar que no tornear, que passados somos el mayor trabajo del mundo». El conde le respondio assi: «Hermano, holgad, e no trabajedes oy en este dia». Y el conde tomo vna lança en semejança de tornar a justar; y a todo esto bien lo miraua el rey Corsol, e dixo a los reyes: «Mirad, señores, que tan grande esfuerço de tan noble cauallero, que agora escapa de tan gran trabajo y esta esperando justa». E la emperatriz e Vrracla auian muy gran plazer, que por marauilla era. E los otros reyes hauian que contar de su hazienda. E todavia dixo el rey Clausa que era mejor cauallero el soldan de Persia, y ellos en esto estando, estaua tratando el rey Herman en como matassen al conde, y fuese el rey Herman al soldan, diziendo assi: «Señor, ¿vedes aquel cauallero malo como busca deshonrra de vuestra alteza? E anda en vuestro deseruicio e dize mucho mal de vos»; y esto peso mucho al soldan, porque entendia que era malicioso todo aquello que dezia el rey. Que bien sabia el soldan que era vno de los mejores caualleros del mundo. El soldan respondio: «Pues quanto mal dezis deste cauallero de las armas blancas, e vos tenedes por tan esfuerçado, ¿por que dexastes vuestro cauallo?» y luego respondio el rey Herman: «Por cierto, señor, yo hare de guisa que muera el cauallero de las armas blancas; e sea vuestra alteza cierto desto». Respondio el soldan: «Hazed alla de la guisa que quisieredes». Y el rey Herman dixo assi; «Señor, quando vuestra alteza saliere a justar con el, e vos fueredes el vno para el otro, saldre yo por de traues e lo herire con mi lança por el costado, de manera que muera luego». Y ordenaronlo assi. El soldan se fue para de cara la puerta del cadahalso encima de su cauallo y su lança en la mano. Miraualo Gaudin como estaua adereçado, e dixo assi al conde: «¿No vedes que se adereça el soldan para la justa?» E dixo el conde: «Esto es lo que yo espero». E Gaudin se puso su yelmo, que bien veya que se hauia de ver en rebuelta. Y fuese el conde para el soldan y el soldan para el conde. E yendose assi el vno para el otro, vido Gaudin como salian algunos caualleros para matar al conde, y con estos caualleros salia el rey Herman con ellos debaxo del cadahalso, y començo de luego a dezir Gaudin al conde: «¡Ha, señor! ¡ha, señor! ¡guardadvos de la traycion, que viene a traues otro cauallero para vos matar!» Y el conde miro e vidolo venir. Dixo al soldan: «Señor, hazed como haze el buen cauallero». Y el soldan desque lo oyo, alço la lança e no lo quiso herir, porque boluio las espaldas para el rey Herman; y el soldan boluiose para el cadahalso passo ante passso, por quanto no quiso hazer traycion, pues que veyan que lo miraua todos los del torneo e fuerale muy gran deshonrra e descortesia. Y fue el conde para el rey Herman y el rey para el, de manera que no se conoscieron, e dauanse tan rezios golpes de tal guisa, que el rey Herman dio al conde vn golpe por medio de la targia que hizo la lança pedazos. Y el cauallero de las armas blancas dio al rey Herman vn tal golpe, que le falso la targia e las armas, y le hecho la lança de la otra parte vna braçada, de tal manera que cayo el rey Herman en tierra muerto, de lo qual hauian muy gran gozo todos los que estauan en el campo mirando, mayormente la emperatriz e su hermana Vrracla, y el rey Corsol, e Gaudin su compañero, porque tam bien lo hauia hecho, por la tan gran traycion que le cometio; e como estos ouieron assi este plazer, tanto ouo de pesar el rey Clausa y el soldan. Y ellos assi estando, tañieron visperas. Desque vido el cauallero de las armas blancas que era hora de dexar el torneo, tomo en si gran argullo, que entendia que no hauia hecho ninguna cosa, e que el soldan leuaua lo mejor, e dexose yr tan rezio encima de su cauallo, quanto la fuerça lo pudo leuar, y fuesse para el soldan, y el soldan saliolo a rescebir, y antes que acabasse de salir encontro con el conde, y el conde dio con el en tierra, de tal manera, que si los caualleros no le acorrieran para metello en el cadahalso, muy mal lo passara el soldan. E luego el conde salto del cauallo con la lança en la mano, e començo de pelear con ellos, de manera que nunca salieron del cadahalso; y el conde estaua de fuera, de guisa que el que se le paraua delante en mal punto era para el. E assi tenia el conde las lanças cabe si, que parescia vn toro que garrochean. Y el estaua que parescia vn leon, y todavia le parescia que el soldan leuaua lo mejor, e no vagauan tocar trompetas, ni dar vozes los reyes que cessasse el torneo. Ni por esso no lo queria dexar, que entendia que no hauia hecho ninguna cosa. E no quiso el conde partir de alli hasta que fuesse noche. E mandauan los re-

yes que cessasse el torneo, e todavia el no lo queria dexar. E Gaudin rogaua a los reyes e les besaua las manos que los fuessen a departir. Entonces descendieron a la señora emperatriz y ella echole los braços encima, e si no fuera por vergüenca, consigo lo leuara, sino porque penso que no fuera Partinuples, e assi los departieron e leuaron a la emperatriz para la ciudad e metieronla en sus palacios. El conde e Gaudin se fueron para sus tiendas, e las mesas fueron puestas. E luego dieron de comer al conde e seruio Gaudin al conde como si fuera su señor natural. E despues que ouieron cenado, holgaron e fueronse a dormir, ca muy trabajados estauan, e dixo Gaudin al conde: «Señor, mañana es el desamen del torneo». Alli dixo el conde: «Esto seria si yo no ouiesse de yr a otro cabo». Dixo Gaudin: «¿Como, señor? ¿a otra parte hauedes de yr?» Dixo el conde: «Yo hize pleyto omenaje a la reyna Ansies de ponerme en su prision antes que el rey Herman tornasse del torneo». Dixo Gaudin: «Pues que pleyto le hizo vuestra merced, no padezca la reyna. Pero si lo pudieramos quitar por ruegos, muy bien, señor, sera, o si no yo quedare en rehenes hasta que vuestra merced libre su hecho». El conde le dio muchas gracias por su buena voluntad.

XLVI.—*Como, acabado el postrero dia del torneo, el conde Partinuples, por el pleyto omenaje que auia hecho a la reyna Ansies, fue para Damasco; y de como entre los reyes ouo contrariedad por quien lo auia hecho mejor en el torneo.*

Otro dia por la mañana alçaron sus tiendas e fueronse su camino para la ciudad de Damasco, a do era la reyna Ansies, e mientra ellos fueron, entraron los reyes, soldanes e ricos hombres a la sala a do estaua la emperatriz, para desaminar qual era mejor cauallero, e hizieron poner muy grandes estrados, e hallaron todos de acuerdo que no auia otro mejor a quien pertenesciesse que era el cauallero de las armas blancas y el soldan de Persia. E despues que fueron desaminados, mandaron llamar al soldan e al cauallero de las armas blancas, e buscaron al conde el primero dia, y el segundo y el tercero, e nunca lo hallaron. Y el rey Clausa daua muy grandes bozes que diessen a la emperatriz por marido al soldan de Persia, que aquel era pertenesciente para su señoria. El rey Corsol daua muy mayores bozes, que no se podia hazer hasta que paresciesse el cauallero de las armas blancas, que no perdia su derecho, que avn tenia de plazo nueue dias e treynta dias, e de que estos dias fuessen passados, que se podia hazer aquello. E a estas razones ayudauan el rey Corsol los franceses e los castellanos. Boluamos al conde e a Gaudin, que fueron a la ciudad de Damasco, e hallaron las almenas e las puertas de la ciudad todas cubiertas de luto. Quando entraron por la ciudad oyeron tan fuertes llantos e quebrauan escudos, que no siento honbre que lo veria que no ouiera gran duelo. E fueronse al palacio do era la reyna Ansies, e hizieronla reuerencia, e dixo assi el conde: «Señora, la vuestra merced heme aqui en vuestras prisiones». La reyna le respondio: «Amigo, ydvos en buena hora, que yo no vos he menester; pues que mi señor el rey es muerto, yo vos suelto el pleyto omenaje». E luego el conde le beso las manos e se fue su camino con su compañero; e a cabo de ocho dias tornaron al lugar do solian tener las tiendas, e holgaron y echaronse a dormir.

XLVII.—*Como el conde, tornado de Damasco, fuesse a ver la determinacion del torneo.*

Al otro dia antes del alua, leuantose el conde e llamo a Gaudin a gran priessa. E dixole Gaudin: «Señor, agora vos leuantades de madrugada porque es el esamen, mas no quando vos tiraua de las piernas para que fuessedes al torneo luego». Gaudin mando a sus criados que guisassen de almorzar. E dixo al conde que se yrian desarmados, y el conde le dixo que no. E luego fueron armados, e assentaronse almorzar, e desque ouieron almorzado, caualgaron en sus cauallos e sus lanças en las manos. E dixo Gaudin al conde: «Señor, no leuedes el yelmo puesto, pues que no hauedes de tornear». Respondio el conde: «Amigo, yo no tengo paños de oro, e si por puñadas lo ouieramos de librar, mejor yremos armados que no en otra manera». Y desque assomaron por vn cerro, vidolos el rey Corsol. E todavia, mientra fue a librar de la prision de la reyna Ansies, miraua el rey quando lo veria asomar al cauallero de las armas blancas e a su compañero; mando el rey Corsol que tocassen las tronpetas, e salieronlo a rescebir el rey de Francia e los españoles; y el rey Corsol y el rey Clausa estauan en el palacio de la señora emperatriz, e truxeronlo hasta do estaua la emperatriz, y estauan en gran porfia estos dos reyes que eran tutores de la señora, que dezia el rey Corsol que era mejor cauallero el de las armas blancas que el soldan; y el rey Clausa dezia que era mejor cauallero el soldan; e que no sabia quien era el cauallero de las

armas blancas. E luego el rey Corsol se fue para el conde e preguntole de su hazienda. Y el conde le dixo quien era e como le llamauan, e de donde era. E desque aquello oyo el rey Corsol, fuelo abraçar, e si no por el yelmo, lo besara en la boca; e de alli corrio el rey Corsol a los otros reyes, e les dixo como era primo del rey de Francia, e que venia de gran linaje de reyes, y que era conde de Bles, que le llamauan Partinuples. Y desque oyo la emperatriz dezir al rey: *Partinuples,* assi se cayo amortescida en braços de su hermana Vrracla. E Vrracla tomola atan rezio en sus braços, y esto hazia ella porque los reyes no le viessen ni parassen mientes en ello. E como andaua el soldan en el campo, e sus diez y nueue reyes todos vestidos de oro e de seda, con sus collares de oro e de piedras preciosas, y el conde andaua por el campo con su compañero armados. Mientra estauan los reyes en su consejo, qual pertenescia para ser emperador. Y desque ouieron declarado aquellos dos calleros que eran los mejores caualleros del mundo, los vnos dezian que mas pertenescia el soldan para emperador que el conde; otros dezian que mas pertenescia al conde para ser emperador quel soldan, de tal manera que tenian muy gran quistion sobre escoger. El soldan se quisiera vna ora por otra hallarse armado, que no la corona de oro tener en la cabeça.

XLVIII.—*Como determinaron los reyes que la emperatriz a su voluntad escogiesse qual de los dos quisiesse por marido, y ella escogio al conde Partinuples, al qual luego alçaron por emperador.*

Houo de venir esta ordenança entre los reyes: que pusiessen a los dos caualleros juntos, y que la señora emperatriz tomasse por marido aquel de aquellos que quisiesse. E todos los reyes dixeron que fuesse assi, y se tuuiesse firmemente pues que assi era mejor; e assi fue, e lo otorgaron todos. E luego el rey Corsol y el rey Clausa se fueron para la emperatriz a ge lo contar en la manera que passaua, que tomasse qual su alteza quisiesse, e luego leuaron al soldan e al conde delante de la señora emperatriz, e la emperatriz llamo al rey Corsol y el luego fue a su señora, e mandole la emperatriz que fuesse al cauallero de las armas blancas, e que le hiziesse quitar el yelmo, e luego el conde mando a Gaudin que se lo quitasse, e desque ge lo ouieron quitado, tenia el conde el camison mas negro que la pez, del orin de las armas, e blanqueaua de la cabeça y el pescueço como la nieue. E desque la emperatriz lo vido, conosciolo muy bien, e temblauale a la señora las carnes de plazer muy grande que tenia en su coraçon. Ca si Vrracla su hermana no le leuara las manos puestas en las espaldas, e los dos reyes por los braços, no pudieran andar vn passo con ella, que luego se cayera. Y quando assi la leuauan por el estrado, e todos se pensauan que fuera a echar mano del soldan, porque estaua mas ricamente vestido, e desque fue llegada la señora em par dellos, fue a echar mano la emperatriz al conde, temblandole las manos. Y desque esto vido Gaudin, fuele a besar los pies e las manos, diziendo assi: «¡Viua mi señor el emperador Partinuples!» E luego los reyes tomaron al conde e alçaronlo por emperador, e besauanle las manos e obedescieronle por señor. Y desto ouo muy gran plazer el rey de Francia su primo, porque era emperador. E los castellanos assi mesmo. Y luego fue derramado el torneo, e cada vno se fue a sus tierras, saluo el rey de Francia e los castellanos, que quedaron para hazer las bodas del emperador Partinuples. E alli fueron hechas muchas alegrias, assi tablados, como toros e justas, e otras muchas hazañas que no se podrian contar. E assi acabadas las bodas con muchos plazeres, el rey de Francia e los castellanos se fueron para sus tierras, e por todo el mundo ouieron que contar de las noblezas e cauallerias del emperador Partinuples, por que cobro e ouo el imperio.

XLIX.—*Como Partinuples, despues de hecho emperador, hizo christiano a Gaudin su compañero. E lo hizo condestable del imperio de Costantinopla.*

Dexemos al emperador Partinuples, que estaua con la emperatriz con muy gran alegria y con su hermana la señora Vrracla, e boluamos a Gaudin, que despues que fueron hechas las alegrias de las bodas del imperio que es lo que se hizo. El fue para el emperador a le demandar licencia para se yr a su tierra con los sus tres pajes, e dixole: «Señor, pido por merced a vuestra alteza que me de licencia para me yr a mi tierra con mis tres pajes». El emperador, desque esto oyo, ouo muy gran pesar porque Gaudin se queria yr de su imperio, e rogole mucho que no se fuesse, sino que siempre estuuiesse en su imperio, e mas que le rogaua que se tornasse christiano, e que lo haria muy gran honbre en su imperio. Y Gaudin amaua tanto al emperador, que por marauilla era, e dixo que le plazia de lo hazer, por le complazer,

mas que no queria sino viuir en su merced. Y desque esto oyo el emperador, ouo en si gran alegria, e fuesse luego a la emperatriz e contole quanta buena obra Gaudin su conpañero le auia hecho por el emperador Partinuples, y que ella queria ser su madrina, y el emperador su padrino; e luego lo leuaron a la yglesia e le tornaron christiano, y le pusieron por nombre Julian. E desque fue tornado christiano, luego le hizo condestable de su imperio e lo caso con vna donzella hija dalgo e muy hermosa, e le dio muchos bienes con que biuiesse. Entonces Julian beso las manos al emperador e a la emperatriz por tanto bien e honra como le auian hecho. Y por esto dize el refran: «Quien a buen arbol se arrima, buena sombra le cobija».

DEO GRACIAS

AQUI SE ACABA LA PRESENTE HISTORIA DEL CONDE PARTINUPLES, QUE DESPUES FUE EMPERADOR DE COSTANTINOPLA. FUE IMPRESSO EN LA MUY NOBLE Y MAS LEAL CIUDAD DE BURGOS. EN CASA DE JUAN DE JUNTA. ACABOSE A . XVJ. DIAS DEL MES DE MARÇO. AÑO DE MIL Y QUINIENTOS Y xlvij. AÑOS.